

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Año XIX - Núm. 371

BARCELONA

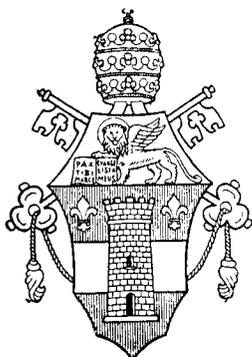
ENERO 1962

Depósito legal: B. 15860 - 1958

CONVOCACION DEL CONCILIO VATICANO II

CONSTITUCION APOSTOLICA «HUMANÆ SALUTIS»

NAVIDAD, 1961



JUAN OBISPO

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS

PARA PERPETUA MEMORIA

INTRODUCCION

El Divino Redentor, Jesucristo, que antes de subir al cielo había conferido a los apóstoles el mandato de predicar el Evangelio a todas las gentes como apoyo y garantía de su misión, les hizo esta consoladora promesa: «He aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mateo, 28, 20). Esta divina presencia, viva y operante en todo tiempo en la Iglesia, se advierte sobre todo en las épocas más graves para la humanidad. Es entonces cuando la Esposa de Cristo se muestra en todo su esplendor de maestra de la verdad y administradora de la salvación; y es entonces también cuando Ella despliega todo el poder de la caridad, de la oración, del sacrificio y del sufrimiento; y esto por medio de bienes espirituales incommovibles, los mismos empleados por su Divino Fundador, que en un momento solemne de su vida declaró: «Tened confianza, yo he vencido al mundo» (Jo., 16, 33).

DOLOROSA CONSTATACION

La Iglesia asiste hoy a una crisis real de la sociedad. Cuando la humanidad está en los comienzos de una nueva era, tareas de una inmensa gravedad y amplitud esperan a la Iglesia como en las épocas más trágicas de su historia. Se trata, en efecto, de poner en contacto con las energías vivificantes y perennes del Evangelio al mundo moderno; mundo que se vanagloria de sus conquistas en el campo técnico y científico, pero que soporta también las consecuencias de un orden temporal que

por algunos se ha querido reorganizar prescindiendo de Dios. Por lo que la sociedad moderna se caracteriza por un gran progreso material al que no corresponde un avance igual en el campo moral. De aquí el debilitado anhelo de los valores del espíritu. De aquí la inclinación a buscar casi exclusivamente los goces terrenos que la técnica progresiva pone con tanta facilidad a disposición de todos. Y de aquí también un hecho enteramente nuevo, desconcertante: la existencia de un ateísmo militante, que opera en escala mundial.

MOTIVOS DE FE Estas dolorosas comprobaciones están pidiendo un deber de vigilancia y un sentido de responsabilidad. Las almas desconfiadas no ven más que tinieblas gravitando sobre la faz de la tierra. Nos, en cambio, queremos reafirmar toda nuestra confianza en nuestro Salvador, que no se ha apartado del mundo por Él redimido. Más aún, haciendo nuestra la recomendación de Jesús para saber distinguir «los signos de los tiempos» (Mateo, 16, 4), nos parece sorprender en medio de tantas tinieblas no pocos indicios que permiten abrigar buenas esperanzas sobre la suerte de la Iglesia y de la humanidad. Pues que las guerras sangrientas que se han sucedido en nuestro tiempo, la ruina espiritual ocasionada por muchas ideologías y los frutos de tantas experiencias amargas, no se han producido sin útiles enseñanzas. El mismo progreso científico que ha proporcionado al hombre la posibilidad de desencadenar catástrofes por su poder destructor ha levantado angustiosos interrogantes; ha constreñido a los seres humanos a reflexionar, a darse mejor cuenta de sus propias limitaciones a hacer que deseen la paz, que piensen en la importancia de los valores espirituales; y ha acelerado el proceso de una más estrecha colaboración y recíproca integración entre individuos, clases y naciones, proceso al que, aun entre mil incertidumbres, parece ya estar encaminada la familia humana. Todo esto facilita, sin duda, el apostolado de la Iglesia, puesto que muchos que ayer no se daban cuenta de la importancia de su misión, hoy, enseñados por la experiencia, están mucho más dispuestos a acoger sus advertencias.

VITALIDAD ACTUAL DE LA IGLESIA Si fijamos nuestra atención en la Iglesia, vemos que no ha permanecido como pasiva espectadora frente a estos acontecimientos, sino que ha seguido paso a paso la evolución de los pueblos, el progreso científico, las revoluciones sociales; se ha opuesto decididamente a las ideologías materialistas y negadoras de la fe; ha visto, por último, brotar de su seno y desplegarse inmensas energías de apostolado, de plegaria, de acción en todos los campos por parte, sobre todo, de un clero cada vez más y de una altura de su misión, por la doctrina y virtud y, de otra parte, por la labor de un laicado que cada vez se ha sentido más consciente de sus responsabilidades en el seno de la Iglesia y en particular de su deber de colaborar con la jerarquía eclesiástica. A esto se añaden los inmensos sufrimientos de cristiandades enteras por los que una multitud admirable de pastores, de sacerdotes y seglares sellan la coherencia de la propia fe sufriendo persecuciones de todo género y dando lugar a actos de heroísmo no inferiores a los de los períodos más gloriosos de la Iglesia. Así, pues, si el mundo aparece profundamente cambiado, también la comunidad cristiana se ha transformado y renovado en gran parte; es decir, se ha fortificado socialmente en la unidad, revigorizado intelectualmente, purificado interiormente de modo que está pronta para seguir siendo buen cimiento.

CONCILIO ECUMENICO VATICANO II Ante este doble espectáculo, el de un mundo que acusa un grave estado de indigencia espiritual, y la Iglesia de Cristo todavía tan vibrante y llena de vitalidad, Nos, desde que subimos al Supremo Pontificado, a pesar de nuestra indignidad y por un gesto de la Divina Providencia, sentimos el ingente deber de reunir a nuestros hijos para dar a la Iglesia la posibilidad de contribuir más eficazmente a la solución de los problemas de la edad moderna. Por este motivo, acogiendo como venida de lo alto una voz íntima de nuestro espíritu, hemos creído estar ya maduros los tiempos para ofrecer a la Iglesia católica y al mundo el don de un nuevo Concilio Ecuménico, en correspondencia y continuación de la serie de los veinte grandes concilios que fueron a lo largo de los siglos un verdadero medio providencial para incremento de gracia y de progreso cristiano. El eco gozoso que suscitó su anuncio

seguido de las oraciones de toda la Iglesia y de un fervor en los trabajos preparatorios realmente alentadores, así como el vivo interés, o al menos la atención respetuosa, por parte de los no católicos e incluso de los no cristianos, han demostrado de forma la más elocuente cómo a nadie ha escapado la importancia histórica del acontecimiento.

Por tanto, el próximo Concilio se va a reunir felizmente y en un momento en que la Iglesia observa más vivo el deseo de fortificar su fe y de contemplarse en su propia admirable unidad; cuando también siente más urgente el deber de dar mayor eficiencia a su sana vitalidad y de promover la santificación de sus miembros, la difusión de la verdad revelada, la consolidación de sus estructuras. Será ésta una demostración de la Iglesia, siempre viva y siempre joven, que percibe el ritmo del tiempo, que en todos los siglos se va adornando con nuevo esplendor, que brilla con nuevas luces, que realiza nuevas conquistas aun permaneciendo siempre idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa sobre su rostro por el Esposo que la ama y protege, Cristo Jesús.

En un momento, además, de generosos y crecientes esfuerzos que desde diversas partes se realizan a fin de reconstruir aquella unidad visible de todos los cristianos que responda a los deseos del Divino Redentor, es muy natural que el próximo Concilio contenga las premisas de claridad doctrinal y de caridad recíproca que harán todavía más vivo en los hermanos separados el deseo del augurado retorno a la unidad y vayan explanando el camino para ella.

Por último, el próximo Concilio está llamado a ofrecer al mundo descarriado, confuso, ansioso bajo la continua amenaza de nuevos conflictos espantosos una posibilidad para todos los hombres de buena voluntad de albergar y disponer pensamientos y propósitos de paz; paz que puede y debe venir sobre todo de las realidades espirituales y sobrenaturales, de la inteligencia y de la conciencia humana iluminadas y guiadas por Dios, creador y redentor de la humanidad.

PROGRAMA DE TRABAJO

Estos frutos por Nos tan esperados del Concilio, y sobre los que tan a menudo nos ocupamos, suponen un vasto programa de trabajo que se está ahora preparando. Programa que mira a los problemas doctrinales y prácticos más adecuados a las exigencias de una perfecta conformidad con la enseñanza cristiana para edificación y servicio del Cuerpo Místico de su misión sobrenatural y, entre otros, las Sagradas Escrituras, la veneranda tradición, los sacramentos, la oración, la disciplina eclesial, las actividades caritativas y asistenciales, el apostolado seglar, los horizontes misioneros.

Este orden sobrenatural debe, sin embargo, reflejar toda su eficacia sobre el otro orden, el temporal, que termina muchas veces por ser, desgraciadamente, el único que ocupa y preocupa al hombre. También en este campo la Iglesia ha demostrado que quiere ser «mater et magistra», según la expresión de nuestro lejano glorioso antecesor Inocencio III, pronunciada en ocasión del Concilio Lateranense IV.

Aun no persiguiendo finalidades directamente terrenas, la Iglesia, sin embargo, no puede desinteresarse en su caminar de los problemas y de los trabajos de aquí abajo. Sabe cuánto contribuyen al bien del alma aquellos medios aptos para hacer más humana la vida a los hombres que han de salvarse; sabe que vivificando el orden temporal con la luz de Cristo hace que los hombres se conozcan a sí mismos, los conduce a descubrir en sí mismos la razón de su propio ser, su propia dignidad, su propio fin. De aquí la presencia viva de la Iglesia, hoy, en los organismos internacionales, de hecho y de derecho; y de aquí la elaboración de su doctrina social en relación con la familia, la escuela, el trabajo, la sociedad civil y todos los problemas conexos, que ha elevado a un prestigio altísimo su magisterio, como la voz más autorizada, intérprete y mantenedora del orden moral y vindicadora de los derechos y de los deberes de todos los seres humanos y de todas las comunidades políticas.

De este modo la influencia bienhechora de las deliberaciones conciliares, como Nos vivamente esperamos, habrá de llegar hasta investir la luz cristiana y penetrar de fervorosa energía espiritual no sólo la intimidad de las almas sino también el acervo colectivo de las actividades humanas.

El primer anuncio del Concilio hecho por Nos en 25 de enero de 1959, fue como la pequeña semilla que nos lanzamos con ánimo y con mano trepidante.

Socorridos con la ayuda celestial, Nos dispusimos entonces al complejo y delicado trabajo de prepararlo.

Han transcurrido ya tres años, a lo largo de los cuales hemos visto día tras día crecer la pequeña semilla y convertirse, con la bendición de Dios, en un gran árbol.

Al contemplar el largo y fatigoso camino recorrido se eleva de nuestro corazón un himno de gracias al Señor por habernos prodigado sus auxilios de forma que todo sea desenvuelto del modo conveniente y dentro de la armonía de los espíritus.

Antes de determinar los temas de estudio con miras al futuro Concilio quisimos escuchar el prudente e ilustrado parecer del Colegio Cardenalicio, del Episcopado de todo el mundo, de los Sagrados Dicasterios de la Curia Romana, de los superiores generales de las Órdenes y de las Congregaciones religiosas, de las Universidades católicas y de las Facultades eclesiásticas.

En el período de un año se realizó este ingente trabajo de consulta, de cuyo examen brotaron con claridad los puntos que se han de someter a un profundo estudio.

Constituimos entonces los diversos organismos preparatorios, a los cuales confiamos la ardua tarea de elaborar los esquemas doctrinales y disciplinares, entre los cuales escogeremos aquéllos que Nos proponemos someter a la asamblea conciliar.

Tenemos, finalmente, la alegría de comunicar que este intenso trabajo de estudio, al que han prestado su contribución preciosa los cardenales, obispos, prelados, teólogos, canonistas, expertos de todas las partes del mundo, llega hoy a su término.

Confianza, pues, en la ayuda del Divino Redentor, principio y fin de todas las cosas, de su augusta Madre y de San José, a quien desde el comienzo hemos confiado un tan gran acontecimiento, Nos parece llegado el momento de convocar el Concilio Ecuménico Vaticano II.

CONVOCACION Por tanto, tras de haber oído el parecer de nuestros hermanos los cardenales de la Santa Romana Iglesia, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, publicamos, anunciamos y convocamos para el próximo año 1962 el ecuménico y general concilio que se celebrará en la Basílica Vaticana, en los días que serán señalados oportunamente y que la Divina Providencia querrá depararnos.

Queremos, en consecuencia, y ordenamos que acudan a este Concilio Ecuménico por Nos publicado, todos nuestros queridos hijos cardenales, los venerables hermanos patriarcas, primados, arzobispos y obispos, tanto residenciales como titulares, y, además, todos aquellos que tienen el derecho y el deber de intervenir en el Concilio.

COMUNION DE ORACIONES Y ahora pedimos a cada uno de los fieles y a todo el pueblo cristiano que participe con sus más vivas oraciones, que acompañe, vivifique y adorne la preparación próxima al gran acontecimiento. Que esta oración se inspire en una fe ardiente, perseverante; que vaya acompañada de la penitencia cristiana que la hace más acepta a Dios y más eficaz; que esté avalorada por un esfuerzo de vida cristiana que venga a ser como prenda anticipada de la disposición adoptada por cada uno de los fieles de aplicar las enseñanzas y las directrices prácticas que emanen del Concilio mismo.

Al venerable clero, tanto secular como regular esparcido por todo el mundo; a todas las clases de fieles dirigimos nuestro llamamiento. Pero de modo especial confiamos su éxito a las oraciones de los niños, puesto que sabemos bien cuán poderosa es ante Dios la voz de la inocencia y a los enfermos y a los que sufren para que sus dolores y su vida de inmolación, en virtud de la cruz de Cristo, se transforme y asciendan hechas oración, redención, fuente de vida para la Iglesia.

Invitamos también a unirse a este coro de plegarias a todos los cristianos de las iglesias separadas de Roma para que el Concilio se produzca también en su provecho. Nos sabemos que muchos de estos hijos están ansiosos de un retorno de unidad y de paz según las enseñanzas y la oración de Cristo al Padre. Y sabemos

también que el anuncio del Concilio no sólo ha sido acogido por ellos con alegría, sino que no pocos han prometido ya ofrecer sus plegarias por su feliz resultado y esperan mandar representantes de sus comunidades para seguir de cerca los trabajos; todo esto es para Nos motivo de gran consuelo y esperanza y precisamente para poder facilitar estos contactos hace tiempo que establecimos un secretariado con este fin determinado.

Repítase así en la familia cristiana el espectáculo de los Apóstoles reunidos en Jerusalén, después de la Ascensión de Jesús al cielo, cuando la Iglesia naciente se encontró toda unida en comunión de pensamiento y de plegaria con Pedro y en torno a Pedro, pastor de los corderos y de las ovejas. Y dignese el Divino Espíritu escuchar de la forma más consoladora la plegaria que todos los días asciende a Él desde todos los rincones de la tierra:

«Renueva en nuestra época los prodigios como de un nuevo Pentecostés; y concede que la Iglesia santa reunida en unánime e intensa plegaria en torno a María Madre de Jesús y, guiada por Pedro, difunda el reino del Divino Salvador, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Así sea.» (De la oración por el Concilio Ecuménico.)

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de diciembre, fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, de 1961, cuarto de nuestro pontificado.



SUMARIO

Convocación del Concilio Vaticano II.

Bulas de indicción de los Concilios Vaticano I y Tridentino.

El Concilio ante el mundo cristiano, por Jesús Sainz Mazpule.

Paz en la Verdad, mensaje navideño de 1961.

Pocos sistemas han perjudicado la propiedad privada tanto como el capitalismo, por Elsa Hoerler.

Armonía en el triple amor de Jesucristo, por Roberto Cayuela, S. I.

No hay motivo para complejos, por José Ricart Torrents, Pbro.

El Juego africano, por J. L. A.

Como antecedente histórico del trascendental documento por el que Su Santidad Juan XXIII publica, anuncia y convoca para este año 1962 el ecuménico y general Concilio, creemos de interés insertar las Bulas de Indicción de los dos últimos celebrados: El Vaticano I (1868-70) y el Tridentino (1542-1563).

BULA DE INDICCIÓN DEL CONCILIO VATICANO I ^(*)

PIO OBISPO
SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS
PARA PERPETUA MEMORIA

El Hijo unigénito del Eterno Padre, por la exquisita caridad con que nos amó, a fin de libertar en la plenitud de los tiempos a todo género humano del yugo del pecado de la cautividad del demonio y de las tinieblas de los errores, con que por la culpa del primer padre se hallaba ya de antiguo miserablemente oprimido, descendiendo del Trono celeste, y tomando, sin apartarse de la gloria paterna, naturaleza mortal de la Inmaculada y Santísima Virgen María, publicó una doctrina y una regla de vida traídas del Cielo; las confirmó con innumerables obras maravillosas, y se entregó a Sí mismo por nosotros en oblación y víctima a Dios en olor de suavidad. Pero antes de subir, después de vencida la muerte, triunfante al Cielo a sentarse a la diestra del Padre, envió a los Apóstoles por todo el mundo a predicar el Evangelio a toda criatura, dándoles potestad de regir la Iglesia, adquirida y constituida con su sangre, la cual es *columna y fundamento de la verdad*, y, enriquecida con tesoros celestiales, muestra a todos los pueblos el camino seguro de salvación y la luz de la verdadera doctrina, y como *nave flota de tal modo en el piélago de este mundo, que, mientras éste perece, ella guarda incólumes a todos los que recibe en su seno.*

Mas para que el régimen de esta Iglesia sea siempre recto y ordenado, y todo el pueblo cristiano perseverare constantemente en una misma fe, doctrina, caridad y comunión, por una parte prometió que Él mismo la asistiría perpetuamente hasta la consumación de los siglos, y por otra eligió de entre todos solamente a Pedro, a quien constituyó Príncipe de los Apóstoles, Vicario suyo en la Tierra, y Cabeza, fundamento y centro de la Iglesia, a fin de que, por su superioridad de orden y de dignidad y por la excelencia de su primera y plenísima autoridad, de su poder y jurisdicción, apacentase a los corderos y a las ovejas, confirmase a sus hermanos y rigiese la Iglesia, y fuese *Portero del Cielo y árbitro de atar y desatar, confirmándose también en los Cielos el fallo de sus juicios.* Y porque la unidad e integridad de la Iglesia y el régimen de ésta, instituido por el mismo Cristo, deben permanecer siempre estables, por eso en los Romanos Pontífices, sucesores de Pedro, que se sientan en esta misma Cátedra de Pedro en Roma, continúan en toda su plenitud y vigor la mismísima potestad suprema de Pedro, su jurisdicción y el Primado sobre toda la Iglesia.

Por lo cual los Romanos Pontífices, ejerciendo la po-

(*) Concilio Vaticano I (XXI Ecuménico). — Hacia mitad del siglo XIX se produce la gran revolución socialista del 1848, la aparición de "El Capital" de Marx y del manifiesto comunista de Marx y Engels. Bien pronto empieza a tener realidad la unificación de Alemania bajo Prusia y de Italia bajo la Casa de Saboya. Los Estados Pontificios quedan reducidos a Roma y muy poco más, habiéndose perdido Bolonia, Marca y la Umbría. Avanza el ateísmo en todo el mundo.

Parece que Pío IX (Juan María Mastar Ferretti) tenía intención de convocar el Concilio en 1849, pero hasta

diciembre de 1854 no habló de ello a los Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos. Visto su favorable parecer extendió la consulta a los Cardenales residentes en Roma, los cuales fueron todos partidarios de la convocatoria del Concilio, excepto dos. Por fin el 26 de junio de 1867, con motivo del centenario del Martirio de San Pedro y San Pablo, en presencia de 500 Obispos y 10.000 peregrinos, anuncia su propósito de reunir un Concilio Ecuménico. Los Obispos contestaron con un Mensaje, firmado por 489 de ellos, aplaudiendo la idea, y el día 29 de junio 1868 se publicaba la Bula Convocatoria del Concilio Vaticano I.

testad y el cargo de apacentar a toda la grey del Señor, que les fueron divinamente entregados por el mismo Jesucristo en la persona de San Pedro, jamás han cesado de poner todo su cuidado y de tomar toda clase de resoluciones para que desde el Oriente al ocaso todos los pueblos, gentes y naciones conozcan la doctrina del Evangelio, y caminando por las vías de la verdad y de la justicia, alcancen la vida eterna. Notoria es a todos la infatigable solicitud con que los dichos Romanos Pontífices se han esmerado en custodiar el depósito de la fe, la disciplina del Clero y su instrucción en santidad y doctrina, y la santidad y dignidad del matrimonio; en promover más y más cada día la educación de la juventud de uno y otro sexo; en fomentar la religión y la piedad de los pueblos y la pureza de las costumbres; en defender la justicia y en mirar también por la tranquilidad, el orden, la prosperidad y las conveniencias de la sociedad civil.

Ni olvidaron los mismos Pontífices, cuando lo han creído oportuno, singularmente en épocas de gravísimas perturbaciones y de calamidades de nuestra religión santísima y de la sociedad civil, convocar Concilios generales a fin de que juntamente con los Obispos de todo el orbe católico, a quienes *el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios*, consultados sus consejos y adunadas sus fuerzas, establezcan próspera y sabiamente todo cuanto conducir pueda a definir sobre todo los dogmas de fe, a condenar los errores dominantes, a defender, esclarecer y explicar la doctrina católica, a mantener y restablecer la disciplina eclesiástica y a corregir las costumbres corrompidas de los pueblos.

Ahora bien: a todos es notoria y manifiesta la horrible tempestad que hoy conmueve a la Iglesia, y los muchos y graves males que afligen también a la sociedad civil. Porque, a la verdad, la Iglesia católica y su salvadora doctrina, su potestad venerada y la suprema autoridad de la Sede Apostólica, son combatidas y holladas por acérrimos enemigos de Dios y de los hombres: se menosprecia todo lo sagrado; usurpados están los bienes de la Iglesia; vejados en todas maneras los Prelados, varones más ilustres consagrados al ministerio divino, y los hombres distinguidos por sus sentimientos católicos; suprimidas las familias religiosas; diseminados por doquiera libros impíos de toda especie, periódicos pestilentes y sectas de varias clases muy perniciosas; y casi substraída del clero en todas partes la educación de la pobre juventud, y, lo que es peor, está entregada en no pocos lugares a maestros de iniquidad y del error. Por esto, con sumo pesar nuestro y de todos los buenos, y con daño jamás bastante deplorado de las almas, se han propagado en todas partes la impiedad, la corrupción de costumbres, la desenfrenada licencia, el contagio de perversas opiniones de toda especie y de toda clase de vicios y maldades, y la conculcación de las leyes divinas y humanas, en tanto grado, que no ya sólo nuestra Religión santísima, sino también la sociedad humana, se hallan, desgraciadamente, perturbadas y oprimidas.

Así, pues, ante tan grave cúmulo de calamidades que

atribulan nuestro corazón, exige el supremo ministerio Pastoral a Nos divinamente encomendado, que apliquemos más y más todas Nuestras fuerzas a reparar las ruinas de la Iglesia, a procurar la salvación de toda la grey del Señor y a reprimir los mortíferos asaltos y las tentativas de los que hacen grandes esfuerzos para destruir radicalmente, a ser posible, la Iglesia misma de Dios y la sociedad civil. Nos, en verdad, con el auxilio de Dios, ya desde el comienzo mismo de Nuestro supremo Pontificado, en cumplimiento de Nuestro gravísimo cargo, no hemos cesado de levantar nuestra voz en muchas de nuestras Alocuciones Consistoriales y Letras Apostólicas, y defender constantemente y con todo celo la causa de Dios y de su santa Iglesia, a Nos encomendada por Cristo nuestro Señor; amparar los derechos de esta Sede Apostólica y los de la justicia y la verdad; descubrir las asechanzas de los hombres enemigos; condenar los errores y las falsas doctrinas; prohibir las sectas impías, y velar y proveer a la salvación de toda la grey del Señor.

Pero hoy además, siguiendo las huellas ilustres de Nuestros Predecesores, hemos creído oportuno reunir en Concilio general, lo cual ha largo tiempo deseábamos, a todos los Venerables Hermanos, Prelados de todo el orbe católico, llamados a tomar parte de nuestra solicitud. Los cuales, Venerables Hermanos, ciertamente inflamados de singular amor a la Iglesia católica, insignes por su exquisita piedad y veneración hacia Nos y hacia esta Sede apostólica, celosos de la salvación de las almas, distinguidos por su ciencia, doctrina y erudición, y dolidos profundamente, como Nos, de la tristísima situación de las cosas sagradas lo mismo que de las públicas, nada desean con más empeño que comunicar y consultar con Nos sus pareceres, y poner remedio saludable a tantos males.

Pues a la verdad, en este Concilio Ecuménico se ha de examinar y establecer con sumo cuidado todo cuanto

interesa principalmente, sobre todo en estos difícilísimos tiempos, a la mayor gloria de Dios, a la integridad de la fe, al decoro del culto divino, a la eterna salvación de los hombres, a la disciplina de uno y otro clero y a su saludable y sólida instrucción, a la observancia de las leyes eclesiásticas, a la corrección de las costumbres, a la cristiana educación de la juventud, y a la común paz y concordia de todos. Y con no menor ahinco se ha de procurar también, con el auxilio de Dios, apartar de la Iglesia y de la sociedad civil todo género de males; hacer volver a los infelices extraviados al recto camino de la verdad, de la justicia y de la salvación; reanimar en todas partes, extirpados los vicios y los errores, nuestra augusta Religión, y su salvadora doctrina, propagándose y reanando más cada día; y de este modo brillen y florezcan con grandísima utilidad para la sociedad humana la piedad, la honestidad, la probidad, la justicia, la caridad y todas las virtudes cristianas. Pues nadie podrá jamás negar que la virtud de la Iglesia católica y de su doctrina no sólo tiene por fin la eterna salvación de los hombres, sino, que también es útil al bien temporal de los pueblos, y a su verdadera prosperidad, orden y tranquilidad, como igualmente al progreso y solidez de las ciencias humanas,



Pío IX

según clara y abiertamente manifiestan, y constante y evidentemente demuestran con hechos luminosísimos, los anales de la historia sagrada y profana. Y porque Cristo, nuestro Señor, nos recrea, fortalece y consuela por modo admirable con estas palabras: *Donde dos o tres se hallan congregados en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos*; por eso no podemos dudar que se digne auxiliarnos con la abundancia de su divina gracia en este Concilio, para poder establecer en él todo cuanto en cualquier modo se refiere a la mayor utilidad de su santa Iglesia. Y así, después de haber elevado día y noche con corazón humilde ferventísimas preces a Dios, Padre de las luces, hemos creído que debe reunirse absolutamente este Concilio.

Por lo cual, sostenidos y confiados en la autoridad del mismo Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en la de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, que Nos también tenemos en la Tierra, con el parecer y asentimiento de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, por las presentes Letras declaramos, anunciamos, convocamos y decretamos un Concilio sagrado, ecuménico y general, que se ha de celebrar en esta Nuestra ilustre Ciudad de Roma, en el año próximo de 1869, en la basilica Vaticana, y ha de comenzar el día 8 de diciembre, consagrado a la Con-

cepción Inmaculada de la Virgen María, Madre de Dios, y ha de proseguir y con el divino auxilio ha de terminarse y perfeccionarse para gloria del mismo Dios y para bien de todo el pueblo cristiano (...).

Aliéntanos la esperanza de que Dios, en cuya mano están los corazones de los hombres, accediendo propicio a Nuestros votos, se dignará hacer con su inefable misericordia y gracia que todos los Príncipes supremos de todos los pueblos, y principalmente los Gobiernos católicos, para quienes son cada día más notorios los grandes bienes, que de la Iglesia católica redundan a la sociedad humana, y que esta misma Iglesia es el fundamento más firme de Imperios y de Reinos, no sólo no impedirán en manera alguna que los Prelados, Nuestros Venerables Hermanos, y todos los demás antes mencionados, vengan a este Concilio, sino que, además de buen grado los favorecerán y prestarán ayuda, y cooperarán con sumo celo, como corresponde a Príncipes católicos, en todo aquello que pueda ceder en mayor gloria de Dios y en bien del mismo Concilio (...).

Dado en Roma, en San Pedro, en el año de la Encarnación del Señor 1868, el 29 de junio. Año vigésimotercero de Nuestro Pontificado.

Aunque la precedente Bula se firmó el 22 de mayo, no se publicó hasta el 29 de junio, fiesta de San Pedro. Después de tantas prórrogas y de vencer innumerables dificultades, se fijó en la misma Bula la fecha de 1.º de noviembre de 1542 para la apertura del deseado Concilio; pero como no se había conseguido la paz entre Francia y España, no concurrieron en aquella fecha Obispos a Trento, en número suficiente para abrirse, y se prorrogó su apertura. Así pasaron dos años, hasta que se hicieron las paces entre los Príncipes Carlos I y Francisco I el 17 de septiembre de 1544, disponiendo entonces el Papa que en toda la Cristiandad se diesen gracias a Dios, y expidiendo un decreto el 19 de noviembre, por el que mandaba abrir el Concilio el 15 de marzo del siguiente año. Anciano y achacoso el Papa Paulo III, mandó a Trento a los tres Legados De Monte, Cervini y Polo; mas siendo muy reducido el número de Prelados que habían concurrido, dio orden el Papa para que la apertura se dilatase al 3 de mayo. Nuevos entorpecimientos, promovidos por los Protestantes, impidieron que se abriese en esta última fecha, bien a pesar de los deseos del Romano Pontífice. Los Obispos, reunidos en Trento, pedían que se empezase cuanto antes el Concilio, o que se les permitiese regresar a sus diócesis. Por fin, Paulo III, con su inquebrantable constancia, decretó en Junta de Cardenales el 6 de noviembre para el 13 de diciembre de 1545 la apertura del Concilio, expidiendo el correspondiente diploma, el cual llegó a Trento el 11 de dicho mes. En este día se dispuso que todos ayunasen el día 12, y rogativas públicas para implorar la misericordia del Señor; y el 13, Dominica III de Adviento, se abrió el santo Concilio.

BULA DE INDICION DEL CONCILIO DE TRENTO ^(*)

PAULO, OBISPO
SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS
PARA PERPETUA MEMORIA

Convocado para el 23 Mayo 1537 en la ciudad de Mantua

Considerando ya desde el principio de este nuestro Pontificado, que nos confió la Providencia de Dios omnipotente, no por mérito alguno de nuestra parte, sino por su gran bondad, en qué tiempos tan revueltos, y en qué mal estado de casi todas las cosas se había requerido nuestra solicitud y vigilancia Pastoral; deseábamos, ciertamente, aplicar remedio a los males que tanto tiempo hace han afligido, y casi dominado, a la República Cristiana; mas Nos, rodeados también, como hombres, de nuestra propia debilidad, comprendíamos que eran insuficientes nuestras fuerzas para sostener tan grave carga. Porque, entendiendo que se necesitaba de paz para libertad y conservar la República Cristiana de tantos peligros como la amenazaban, hallamos, por el contrario, que todo estaba lleno de odios y disensiones, y en especial opuestos entre sí aquellos Príncipes a quienes Dios ha encomendado casi todo el gobierno de las cosas. Y juzgando necesario que fuese uno sólo el redil y uno sólo el pastor de la grey del Señor, para mantener la pureza de la Religión Cristiana, y para confirmar en nosotros la esperanza de los bienes celestiales, se hallaba casi rota y despedazada la unidad del nombre cristiano con cismas, disensiones y herejías. Y deseando Nos también que estuviese prevenida y asegurada la República Cristiana contra las armas y asechanzas de los infieles, por los errores y culpas de todos nosotros; descargando sin duda la ira de Dios sobre nuestros peca-

dos, se ha perdido la isla de Rodas, fue devastada la Hungría, y declarada y proyectada la guerra por mar y tierra contra Italia, Austria y Esclavonia, porque no deponía su ira en tiempo alguno nuestro impío y feroz enemigo el Turco, y juzgaba que los odios y las disensiones intestinas de los nuestros eran la ocasión más oportuna para ejecutar felizmente sus designios. Siendo, pues, llamados, como decíamos, en tiempo tan revuelto de herejías, disensiones y guerras, y en medio de tan grandes tormentas como se han levantado para regir y gobernar la navicilla de San Pedro; y desconfiando de nuestras propias fuerzas, volvimos ante todo nuestros pensamientos a Dios, para que Él mismo nos sostuviese y armase nuestro espíritu de fortaleza y constancia, y nuestro entendimiento de consejo y sabiduría. Considerando, además, que nuestros antepasados, que tanto se distinguieron por su admirable ciencia y santidad, se valieron muchas veces, en los más graves peligros, de la República Cristiana, de los Concilios ecuménicos y de las asambleas generales de los Obispos, como del mejor y más oportuno remedio, tomamos también Nos la resolución de celebrar un Concilio general; y recogidos los pareceres de los Príncipes, cuyo consentimiento nos parecía muy útil y oportuno para el mismo fin, hallándolos entonces no refractarios a tan santa obra, convocamos el Concilio ecuménico y general de aquellos Obispos y de otros Padres a quienes tocaba concurrir, para la ciudad de Mantua, en el año de la Encarnación del Señor 1537. (...) El cual habría de abrirse el 23 de mayo. Pero como siempre arma lazos el enemigo del

(*) Concilio de Trento (XX Ecuménico).—Durante el siglo XV se celebraron tres Concilios Ecuménicos: el de Constanza (1414) que puso fin al Cisma de Occidente, los de Basilea (1431) y Florencia (1439) que trataron casi exclusivamente de Oriente, de la unión de la Iglesia latina, la griega, esta última amenazada gravísimamente por los turcos.

Hacia mucho tiempo que en todas partes se clamaba por la reforma de su Iglesia en su cabeza, y miembros, especialmente después de los poco favorables pontificados de finales del siglo XV y comienzos del XVI. En 1512 Julio II reunió el Concilio V de Letrán (XIX Ecuménico) pero empeñado en las luchas de Italia, en rehacer y or-

denar los Estados Pontificios, le prestó poca atención. El Concilio no realizó la reforma con la amplitud que hubiese sido necesario. Pocos años después, Lutero, desencadenaba la gran tormenta del Protestantismo que había de arrebatar a la Iglesia una tercera parte de sus fieles.

Por fin, y venciendo innumerables dificultades, Paulo III (Francisco Farnesio) expidió la Bula de convocatoria del Concilio tan esperado, el 22 de mayo de 1542, el cual tuvo su primera sesión en Trento el 13 de diciembre de 1545. Por esto recibió el nombre de Concilio de Trento, que ha sido el fundamento, especialmente disciplinario, de la Iglesia hasta nuestros días.

humano linaje contra todas las obras piadosas, primeramente se nos denegó, contra toda nuestra esperanza y nuestro deseo, la ciudad de Mantua, a no admitir ciertas condiciones completamente ajenas a la conducta de nuestros mayores, a las actuales circunstancias, a nuestra dignidad y libertad, a la de esta Santa Sede, y del nombre eclesiástico.

Prórroga y elección de Vicenza

Nos vimos, por lo tanto, precisados a buscar otro lugar y designar otra ciudad; y no ocurriéndonos, por el pronto, una que fuera oportuna y cómoda, fue necesario prorrogar la celebración del Concilio hasta el próximo primer día de noviembre. En tanto que el Turco, nuestro fiero y constante enemigo, habiendo invadido la Italia con fuerte y numerosa escuadra, se apoderaba, destruía y saqueaba algunos pueblos en las costas de la Pulla, Nos estuvimos ocupados, en medio del grande temor y peligro general, en fortificar nuestras costas y ayudar con nuestros socorros a los pueblos vecinos, pero sin desistir por eso de consultar y de rogar a los Príncipes cristianos que Nos manifestasen su opinión acerca del lugar a propósito para celebrar el Concilio. Mas siendo varios e inciertos sus pareceres, y creyendo Nos que se dilataba el tiempo más de lo que era necesario, con el mejor deseo, y según nuestro parecer, con exquisita prudencia, elegimos a Vicenza. (...) Pero nos vimos otra vez precisados a diferir, con nueva prórroga, la época del Concilio hasta la primavera próxima y el día 1.º de mayo.

Conferencia de paz en Niza

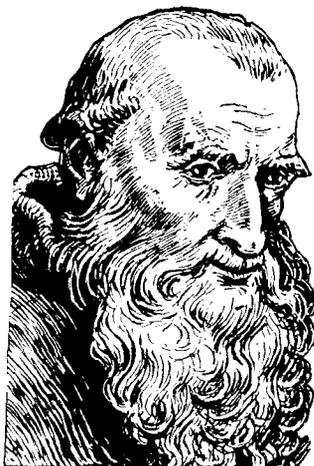
Tomada y fijada firmemente esta fecha, estándonos preparando Nos mismo, así como todas las demás cosas, para dirigir y celebrar bien el Concilio, con el auxilio de Dios; creyendo que era muy conveniente, tanto para la celebración del Concilio como para toda la Cristiandad, que los Príncipes cristianos estuviesen entre sí en paz y concordia, insistimos en rogar y suplicar a nuestros carísimos hijos en Cristo, Carlos, Emperador de los Romanos, siempre Augusto, y Francisco, Rey Cristianísimo, ambos columnas y defensas principales del nombre cristiano, que concudiesen a una conferencia entre sí y también con Nos, (...) a fin de que uno y otro, cesando en la enemistad y las discordias, se aviniesen a concertar una piadosa alianza y amistad, y se dignasen prestar su auxilio a los intereses de la Cristiandad, que se arruinaban; pues estando en sus manos el poder, dado por Dios principalmente para conservarlo, tendrían que dar estrecha y severa cuenta al mismo Dios, si así no lo hiciesen, ni dirigiesen sus planes al bien común de la Cristiandad. Movidos los dos, por fin, de nuestras súplicas, concurrieron a Niza, adonde Nos también emprendimos un viaje largo y muy molesto en nuestra anciana edad, por la causa de Dios y por restablecer la paz; sin descuidar por esto al mismo tiempo, puesto que se aproximaba la fecha fijada para el

Concilio, esto es, el día 1.º de mayo, de enviar a Vicenza tres Legados a *látère* de suma virtud y autoridad de entre nuestros mismos Hermanos, los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, para que hiciesen la apertura del Concilio, recibiesen a los Prelados, que vendrían de todas partes, y para que ejecutasen y trataran las cosas que juzgaran necesarias, hasta que, regresando Nos del viaje y del asunto de la paz, pudiésemos dirigirlo todo con la mayor exactitud.

Entre tanto Nos dedicamos, ciertamente, con exquisito cuidado y con toda caridad y diligencia, a tan santa y sumamente necesaria obra, es a saber, al tratado de paz entre los Príncipes. (...) Sin que aun todavía hayan llegado al deseado fin nuestros consejos y nuestras disposiciones. ¡Tal ha sido la voluntad de Dios, de quien, sin embargo, no desconfiamos que mirará algún día con más benignidad nuestros deseos! En cuanto a Nos, en lo que ha estado de nuestra parte, nada, por cierto, hemos omitido en este asunto de cuanto exigía nuestro Pastoral oficio. (...) Y aunque en aquel nuestro congreso y conferencia que se celebró en Niza, no se pudo, por impedirlo nuestros pecados, ajustar verdadera y perpetua paz entre dichos dos Príncipes, se acordaron, sin embargo, unas treguas por diez años; y confiando Nos que con motivo de esta suspensión de hostilidades se podría celebrar más fácilmente el sagrado Concilio. (...)

Nueva prórroga. Suspensión del Concilio

Mas viendo ya que de ningún modo podía celebrarse el Concilio en aquella fecha, concedimos a los referidos Príncipes que se difiriese la apertura del Concilio hasta la santa Pascua y fiesta de la próxima Dominica de Resurrección. Las bulas de esta nuestra disposición y de la prórroga decretada se expidieron y publicaron en Génova, el 28 de junio de 1538; y con tanto mayor gusto acordamos esta prórroga, cuando los dos Príncipes nos prometieron enviar sus Embajadores a Roma, para que más cómodamente examinasen y trataran ante Nos los puntos que habían quedado pendientes para la conclusión de la paz, puesto que por la brevedad del tiempo no se habían podido ventilar todos en Niza. Ambos Príncipes nos pidieron también por esta razón que precediese el ajuste de la paz a la celebración del Concilio; pues una vez hecha la paz, resultaría el mismo Concilio mucho más útil y saludable a las naciones cristianas. Esta esperanza de paz, a la verdad, por que anhela siempre nuestro corazón, nos movió a asentir a los deseos de los Príncipes, la cual se aumentó sobremanera por la benévola y amistosa conferencia de ambos Soberanos entre sí, después que hubimos regresado de Niza; la cual, sabida por Nos con extraordinario júbilo. Nos confirmó en tan justa esperanza, creyendo que al fin Dios había oído nuestras oraciones y aceptado nuestros deseos de la paz. Pretendiendo Nos, en efecto, y urgiendo la conclusión de ésta; y siendo de dictamen no sólo los dos mencionados Príncipes, sino también nuestro carísimo hijo en Cristo Fernando, Rey



Paulo III

de los Romanos, de que no convenía empezar el Concilio sin estar concluida la paz; y empeñándose todos cerca de Nos, por cartas y sus Embajadores, en que concediésemos nuevas prórrogas; e instando con especialidad el Serenísimo César, exponiéndonos que había prometido a los que están separados de la unidad católica que interpondría con Nos su influencia, para que se adoptase algún medio de concordia, lo cual no podría verificarse convenientemente antes de su partida para Alemania; estimulados Nos siempre con la misma esperanza de la paz y accediendo a los deseos de tan ilustres Príncipes, y viendo, sobre todo, que ni aun para dicha fiesta de la Resurrección había concurrido a Vicenza más Prelados, deseando ya evitar el nombre de prórroga, que tan inútilmente tantas veces se había concedido, preferimos suspender la celebración del Concilio general a nuestro beneplácito y de la Sede Apostólica, y por consiguiente así lo dispusimos.

(...)

Decretada, pues, por Nos necesariamente aquella suspensión, mientras esperábamos tiempo más oportuno y algún tratado de paz que contribuyese después a dar majestad y gran número de Padres al Concilio y remedio más favorable a la República Cristiana, entre tanto iban empeorando cada día los intereses de la Cristiandad: los Húngaros, muerto su rey, llamaron a los Turcos; el rey Fernando les había declarado la guerra; una parte de los Flamencos se había amotinado rebelándose contra el César, quien, pasando por Francia a Flandes para reprimir la rebelión, muy amistosamente y de gran conformidad con el Rey Cristianísimo, señal muy expresiva del gran afecto entre ambos, y partiendo después de allí hacia Alemania, comenzó a celebrar las dietas de sus Príncipes y ciudades, con objeto de tratar de la concordia que había indicado. Pero, frustrada ya toda esperanza de paz, y pareciendo también que aquel modo de procurar y tratar de la paz por medio de conferencias era, por el contrario, más a propósito para excitar discordias, determinamos volver a emplear el primitivo remedio de un Concilio general; y así se lo expusimos al César por medio de nuestros Legados. (...) Porque, pidiéndonos por resolución de aquella Dieta lo que temíamos antes que sucediese: que declararíamos se tolerasen ciertos artículos de los disidentes de la Iglesia, hasta que se discutieran y resolviesen en un Concilio general; y no permitiéndonos hacer esta concesión la fe cristiana y católica, ni nuestra dignidad ni la de la Sede Apostólica, resolvimos antes bien expresamente proponer el Concilio, que se había de celebrar cuanto antes. Pues, a la verdad, jamás tuvimos otro pensamiento ni deseo sino el que se congregase en la primera ocasión un Concilio general y ecuménico. Esperábamos, ciertamente, que por él podría establecerse la paz en el pueblo cristiano y la pureza de la Religión Católica; mas, no obstante, era nuestro deseo que se celebrase con aprobación y gusto de los Príncipes cristianos. Y estando esperando su conformidad, y observando el tiempo recóndito, *tiempo de tu beneplácito ¡oh Dios!*, nos vimos por fin obligados a reconocer que todos los tiempos son agradables a Dios, cuan-

do se toman resoluciones sobre cosas santas y referentes a la piedad cristiana.

Nueva convocación para 1.º nov. 1542, en la ciudad de Trento

Por tanto, viendo con sumo dolor de nuestro corazón que se empeoraban cada día más los intereses de la Cristiandad, hallándose dominada la Hungría por los Turcos, los Alemanes en grave peligro, y las demás naciones afligidas de temor y tristeza, determinamos no esperar ya el consentimiento de ningún Príncipe, sino atender únicamente a la voluntad de Dios omnipotente y al bien de la Cristiandad. En su consecuencia, no contando ya con la ciudad de Vicenza; y deseando, al elegir Nos nuevo lugar para celebrar el Concilio, atender no sólo al bien de todos los pueblos cristianos, sino también a los males de la nación alemana; y viendo que, habiéndose designado varios lugares, los Alemanes deseaban que se eligiese la ciudad de Trento; a pesar de estar Nos persuadidos que todos los negocios podrían tratarse mejor en la Italia Citerior, conformamos, no obstante, movidos de nuestra caridad paternal, nuestra voluntad a sus deseos. De modo que elegimos la ciudad de Trento, para que en ella se celebrase el Concilio ecuménico, el día primero del próximo noviembre, (...). Apoyados, pues, y confirmados en la autoridad de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en la de sus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, de la cual Nos también gozamos en la tierra; con el consejo y asentimiento igualmente de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, levantada y quitada la suspensión antes mencionada, la misma que levantamos y quitamos por las presentes Letras: declaramos, anunciamos, convocamos, establecemos y decretamos que el Santo Concilio ecuménico y general se ha de principiar, proseguir y finalizar con el divino auxilio, a su honra y gloria y para bien de todo el pueblo cristiano, en la ciudad de Trento, lugar cómodo y libre y oportuno para todas las naciones, el día primero del próximo mes de noviembre del presente año de la Encarnación del Señor 1542; (...).

...para que mejor y con más comodidad se puedan cuanto antes y del mejor modo posible tratar en dicho sagrado y ecuménico Concilio, y reinando en todos la caridad, consultar, examinar, resolver y llevar al fin deseado cuantas cosas sean conducentes a la integridad y verdad de la Religión Cristiana, al restablecimiento de las buenas costumbres, a la corrección de las malas, a la paz, unidad y concordia de los cristianos entre sí, así de los Príncipes como de los pueblos; y asimismo cuanto sea necesario para reprimir las acometidas de los bárbaros e infieles, con que intentan oprimir a toda la Cristiandad, dirigiendo Dios nuestras deliberaciones e ilustrando nuestras inteligencias con la luz de su sabiduría y verdad.

(...)

Dado en Roma, en San Pedro, a 22 de mayo del año de la Encarnación del Señor 1542, año octavo de nuestro Pontificado.

EL CONCILIO ANTE EL MUNDO CRISTIANO

En la mañana del día 25 ha sido leída por el arzobispo Pericle Felici, secretario general de la Comisión Central Pontificia preparatoria del Concilio, en el pórtico de la basílica de San Pedro, la Bula Pontificia convocatoria del Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica en 1962, *“en un momento que será fijado de acuerdo con las circunstancias oportunas que la Divina Providencia quiera favorecernos”*. Este Concilio será el XXI en los anales de la Iglesia católica y el segundo que se celebre en el Vaticano (el primero se reunió entre 1869-70). Su Santidad dice en la citada Bula que la Iglesia observa siempre las crisis que se producen en la sociedad y *“dado que la humanidad se halla en el umbral de una nueva era, una inmensa y grave tarea le espera a la Iglesia como en las épocas más trágicas de la Historia”*. El cometido con que se enfrenta actualmente *“es llevar el mundo moderno al contacto con la eterna y vivificante fortaleza de los Evangelios”*.

La Iglesia y la civilización humana

Incluso fuera del estricto marco religioso, este acontecimiento quedará en la Historia como el más trascendental de los años que estamos viviendo, por lo que su continua consideración y estudio es un imperativo de responsabilidad intelectual para todos los hombres preocupados por las cuestiones del espíritu. El Papa mismo señala que la sociedad actual se caracteriza por un gran progreso material sin un avance paralelo en el plano moral; como consecuencia, se ha producido un debilitamiento de los valores espirituales, como muestra la existencia de un ateísmo militante en el mundo. En esta grave situación — declara el Pontífice — *“desde que fue elevado a la Sede de San Pedro, ha sentido el urgente deber de*

convocar una reunión de sus hijos, para dar a la Iglesia la oportunidad de contribuir más eficazmente a la solución de los problemas de la era moderna”. En esta perspectiva el nuevo Concilio Ecuménico aparece como adición y continuación de los otros veinte grandes Concilios que a través de los siglos han servido para el aumento de la gracia y el progreso cristiano.

La Iglesia patentizará con él su perenne vitalidad, continuando la obra vivificadora de la Redención. Esto permite augurar que el Concilio Vaticano II debe quedar en la historia de la Iglesia y de la humanidad como una de las más refulgentes glorias del Papado y de la civilización cristiana.

La Iglesia continuará de este modo el plan divino de la salvación eterna del hombre, orientando su itinerario hacia Dios, a la luz de la fe y con la fuerza de la Gracia. A Ella le compete un derecho y un deber de magisterio de origen divino, magisterio cuyo objeto propio y directo es el *“depositum fidei”* (el depósito de la fe) e indirectamente, todas las doctrinas humanas, incluso las de orden temporal que en algún modo se relacionan con los supremos intereses de las almas. Pío XI reafirmó repetidas veces el valor del Magisterio como fuente de progreso también para la civilización humana: Irradiar la verdad en la caridad, dar testimonio de la Verdad, guardar la divina sabiduría y realizar la unidad sobrenatural en la diversidad natural de la civilización humana. Este es el cometido grandioso y trascendental del Concilio Ecuménico que acaba de convocarse.

La definición de la unidad cristiana

Una oleada de vida primaveral ha recorrido todo el mundo cristiano ante la convocatoria del

nuevo Concilio, porque se añora con ansiedad casi angustiosa la unidad de todos los cristianos y por todas partes se registran actos significativos en este sentido. La Humanidad tiene, en general, ansia de fraternidad sin fronteras y la Cristiandad ansia de unidad en Cristo. En el siglo pasado el conde De Maistre escrutaba esta tendencia y vocación de unidad en estos términos casi proféticos: *“Todo anuncia que vamos hacia una gran unidad, a la que debemos saludar de lejos... Nos hallamos dolorosamente y muy justamente pulverizados; más si ojos miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, no somos pulverizados sino para ser amalgamados...”*

En la Edad Media fueron los Concilios de Lyon y de Florencia, los que con el máximo afán trataron de restablecer la unión de las iglesias orientales. Ahora Roma llama con simpatía a la unidad, no sólo a las iglesias orientales, sino a todas las confesiones cristianas, para que retornen al centro y hontanar de la unidad misma. León XIII expresaba en estos términos el pensamiento de la Iglesia: *“Nuestros ojos puede ser que no vean realizada esta unión de las iglesias a la cual tendemos. Pero guardémonos de calificar imprudentemente como vana utopía el hecho de aspirar a ella sin cesar. Está ahí, en el Evangelio, viviente, esta dulce y cierta promesa del Salvador: “Se hará un solo rebaño y un solo Pastor”*.

Si hasta ahora la Iglesia ha rehusado participar en las asambleas unionistas, convocadas entre las iglesias protestantes y las cismáticas orientales, era sencillamente porque, como afirmó Pío XII *“La unidad de la Iglesia no está por hacerse, está hecha”*, y en su empeño unionista, no pretende *adquirir* la unidad, sino *comunicarla*.

En la Asamblea celebrada última-

mente en Nueva Delhi, por el Consejo Ecuménico, se ha estudiado también como tema fundamental el de la unidad cristiana. El tema concreto de análisis ha sido el de la ampliación de la "base" y de la definición de la unidad conocida con el nombre de Declaración de San Andrés. Se entiende por "base" la fe mínima que tiene que profesar toda Iglesia para convertirse en miembro del Consejo Ecuménico de las iglesias y para permanecer en él. El texto primitivo de esta base era la fe en Jesucristo como Dios y Salvador, según el artículo 1.º del Consejo que dice así: "El Consejo Ecuménico de las Iglesias es una asociación fraterna de Iglesias que aceptan a Nuestro Señor Jesucristo como Dios y Salvador". Esta definición encerraba en su evidente brevedad algunos equívocos que ahora en la nueva redacción acordada han querido ser esclarecidos. El texto aprobado en Nueva Delhi da esta definición de unidad: "El Consejo Ecuménico de las Iglesias es una asociación fraterna de Iglesias que confiesan al Señor Jesucristo como Dios y como Salvador, según las Escrituras, y que se esfuerzan por responder juntas a su común vocación para la gloria del único Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo".

El progreso de la nueva redacción consiste en sustituir los términos "que aceptan" (o que reconocen) por el de "que confiesan". El nuevo texto se ha logrado después de una vivísima discusión, en la que alternaban la adhesión entusiasta de la Iglesia ortodoxa griega y la oposición de las Iglesias menonita de Holanda, un delegado cuáquero, y el representante de la Iglesia arminiana, también de Holanda. Según el delegado ortodoxo griego, profesor Alivizatos, la nueva "base" es un mínimum de la fe cristiana. Añadió que desde 1948 la Iglesia griega ha sugerido esta extensión porque la fe en la Trinidad es el carácter específico de la fe cristiana, "conforme con la revelación y la tradición primitiva". Añade que no hay otra fe cristiana que la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, como la expresan los

antiguos símbolos de Nicea y de Constantinopla.

La oposición de los representantes de las comunidades menonita arminiana de Holanda se fundaba en que la extensión de la Base podría llevar a nuevas divisiones y conducir al Consejo por el camino del "confesionalismo". De forma parecida se expresó también el delegado cuáquero. Como antes de procederse a votar algunos delegados preguntaran en nombre de qué palabra de la Escritura se podía imponer a las Iglesias esta fe en la Trinidad que entraña la redacción de la nueva Base, el arzobispo Nicodemo, jefe de la Delegación rusa, respondió que esta confesión va ligada al bautismo por el que nos hacemos cristianos: "Id enseñad a todas las naciones, bautizadlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Quedó, pues admitido que la nueva definición no es una novedad dogmática, sino el mensaje esencial del cristianismo y que lejos de constituir un factor de división, debe arrastrar la adhesión de todos los cristianos.

El texto que ha servido de preparación a esta definición de la unidad lograda en Nueva Delhi, fue preparado por el Comité Central reunido en 1960 en San Andrés (Escocia) y decía así: "Creemos que la unidad es a la vez el don de Dios y su voluntad para su Iglesia, manifiesta, cuando todos los que en un mismo lugar son bautizados en Jesucristo y le confiesan como Señor y Salvador, son conducidos por el Espíritu Santo a una comunidad total, confiesan la misma fe apostólica, predicán el mismo Evangelio, reparten el mismo pan, se unen en una oración común para una vida comunitaria que irradia en el testimonio y el servicio de todos y, al mismo tiempo, se encuentran en comunión con el conjunto de la comunidad cristiana, en todos los lugares y en todos los tiempos, de forma que el ministerio y la cualidad de miembros son reconocidos por todos y todos pueden obrar y hablar juntos, según las circunstancias a fin de que las tareas a las que Dios llama a su pueblo sean cumplidas. Nosotros

creemos que debemos rogar y trabajar para una unidad semejante". Todavía nos parece más expresa la fórmula del Dr. Ramsey, sucesor del Dr. Fisher en el arzobispado de Cantóbery y primer prelado de la Iglesia anglicana. Previno a la Asamblea contra el "minimalismo teológico" señalando: "El Este y el Oeste no tienen necesidad de descubrir estos dones de Dios que no pertenecen ni a una época, ni a una fase de desarrollo, ni a una cultura, ni a un continente, sino a la Iglesia de Cristo única, santa, católica y apostólica, y recibirlos, no como signo de retorno hacia el pasado, sino como agentes de la potencia dinámica de Cristo para el presente y el futuro".

También es cuestión de los seglares

Asombra el tener que señalar este aspecto de incumbencia directa del tema general del Concilio Ecuménico inminente y de las cuestiones particulares que en él van a tratarse, también para los seglares, independientemente de sus repercusiones en el orden social y en el campo general de la cultura, y asombra, precisamente porque este aspecto de la participación cada vez más amplia de los laicos en los cometidos de las iglesias se siente vivísimamente en el campo protestante, hasta el punto de que se ha evocado por semejanza el término de su "Acción Católica"...

La iglesia católica, no sólo no niega al pueblo cristiano una dignidad sacerdotal sino que, según las enseñanzas del Nuevo Testamento afirma que el sacerdocio de los fieles es una realidad ontológica, verdadera participación de la dignidad sacerdotal de Cristo, aunque difiera de la de los ministros ordenados. En virtud de esta restricción los laicos carecen de autoridad, a diferencia del clero instituido, para dirigir la comunidad y el culto. Sin embargo, por virtud del bautismo, el fiel queda inserto en la comunidad y en el cuerpo místico de Cristo de lo que el movimiento litúrgico ha tomado conciencia y ha derivado con-

secuencias en extremo interesantes. En la parte de apostolado docente la participación sacral de los seglares depende del carácter sacramental de la confirmación.

En la citada asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias celebrada en Nueva Delhi se ha visto que este problema lo tienen planteado también las confesiones protestantes en las que se desea una participación más amplia de los seglares en las tareas de las Iglesias. El Consejo ha dado prueba de este deseo al nombrar por primera vez en su historia a dos laicos entre los seis presidentes. Son Mr. Francis Ibiam, de la Iglesia presbiteriana y actual gobernador de Nigeria oriental y Mr. Charles Parlin, de la Iglesia metodista americana y abogado en ejercicio en Nueva York. Estos y otros laicos que han participado en la citada Asamblea de Nueva Delhi

han procedido mediante testimonios, como se hace en las organizaciones católicas de acción católica.

Algunos preguntarán qué progreso en el camino de la unidad cristiana han realizado los asambleístas de Nueva Delhi. La respuesta no consiente demasiado optimismo; pero en todo caso se ha testimoniado un deseo profundo de establecer la intercomunidad entre las distintas iglesias nacidas de la Reforma. Al mismo tiempo, se señala el resultado positivo de la ampliación de la Base mediante la inclusión de la fórmula trinitaria; por último, hay que reconocer la importancia del testimonio rendido por las iglesias ortodoxas a la fe católica sobre la Tradición y los sacramentos, todo lo cual certifica un cambio de clima respecto de la Iglesia católica. A pesar de este cambio en las relaciones con la Iglesia católica, que se reduce a "proce-

dimiento y clima" el Comité central declara que "a medida que se intensifique el diálogo aparecerán inevitablemente las verdaderas dificultades". Cada grupo de la Cristiandad se ha enquistado en su propia tradición solidificando cada vez más las oposiciones. La separación ha engendrado la desconfianza y poco a poco una marcada posición antilatinista por parte de los ortodoxos y antitirromana por parte de los protestantes, llegando incluso a decir: "¡La muerte antes que Roma! Mejor el turbante que la mitra de los latinos".

Este ambiente de desconfianza cabe desaparecer como coronación del cambio de clima y con la fraterna vocación de unidad que las comunidades cristianas van a poder expresar en el Concilio Vaticano II. Por lo demás, la última y definitiva palabra, será Dios quien la diga.

JESÚS SÁINZ MAZPULÉ



TESTIGOS DE CRISTO EN EL CONGO

CONMOVIDOS POR LOS ASESINATOS DE MISIONEROS EN CONGOLO Y SOLA, COMO MIEMBROS DEL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO COMPARTIMOS EL DOLOR Y EL HONOR DE NUESTRA MADRE LA IGLESIA: DOLOR POR TAN EXECRABLES CRÍMENES, HONOR POR EL SACRIFICIO DE ESTOS HERMANOS NUESTROS.

QUE LA SANGRE POR ELLOS DERRAMADA, EN UNIÓN CON LA SANGRE DE CRISTO, ATRAIGA EL ARREPENTIMIENTO Y EL PERDÓN PARA LOS RESPONSABLES MATERIALES Y MORALES, LA PAZ Y LA LUZ DEL EVANGELIO PARA LOS PUEBLOS DESGRACIADOS DEL CONGO.

DESCANSEN EN PAZ ESTOS MIEMBROS, SIN DUDA YA GLORIOSOS, DEL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO.

PAZ EN LA VERDAD

Venerables hermanos y amados hijos:

Natividad del Señor, fiesta de paz,

Se puede ir en busca de otras resonancias del gran misterio para expresar la plenitud de gracia que en estos días constituye el gozo de los creyentes en Jesucristo, pero no sale de este pensamiento.

Esto es, pues, el mensaje de Belén: Gloria de Dios, paz verdadera e invitación a que la voluntad humana corresponde a don tan grande. "Gloria in excelsis Deo: Pax hominibus bonae voluntatis." (*Luc. 21, 14.*)

La literatura secular de todos los países por donde pasó la luz de Cristo no se extiende más allá de esta triple manifestación que se ofrece a los hombres con la venida a la Tierra del Hijo de Dios.

Por cuarta vez, en Navidad, este humilde hijo del pueblo, llamado a la cumbre del sacerdocio y del gobierno de la Iglesia — permitidnos decirlo así porque así es como habitualmente Nos consideramos — pone su mente, sostenida por la gracia del Señor, al servicio de la transmisión del gran mensaje de paz.

En los años precedentes quisimos presentar a la Humanidad entera la paz de Belén en una triple refracción.

Siempre la paz de Cristo, pero reflejada en sus manifestaciones más nobles: paz y justicia, paz y unidad y paz y verdad.

En esta triple irradiación late la evocación de los principales y más preciosos bienes de la Humanidad. Si quisiéramos recoger los deseos o repetir las felicidades con que se felicitan los hombres en estos días no encontraríamos nada más expresivo que esta múltiple efusión de riquezas que el verbo de Dios hecho hombre trajo a la tierra para la redención y exaltación universal.

Bien sabéis, amados hijos, que los Padres de la Iglesia oriental y occidental, los doctores y los Pontífices, cuyas voces se unen y se combinan armoniosamente, son reconocidos como intérpretes fidelísimos de una enseñanza antigua y siempre nueva de las comunicaciones celestiales.

Una de estas voces, a Nos familiar desde la juventud, es la de San León Magno, que este año despierta acentos de nuevo fervor. San León Magno, de quien, con la reciente encíclica "Materna Dei", hemos celebrado el decimoquinto centenario de la muerte.

Cuán grato nos fue, en las faustas circunstancias del pasado noviembre, inspirarnos para nuestras palabras en este gran doctor. También hoy deseamos servirnos de aquellos sermones suyos de Navidad — que conservan intacta la vivacidad de un estilo tan personal — para ele-

var la atención de vuestras miradas hacia la gruta de Belén. Oid. Oid.

"Generatio... Christi origo est populi chistiani, et natalis capitis natalis est corporis." Qué palabras, amados hijos. "La generación de Cristo es el comienzo del pueblo cristiano, y la Natividad de la cabeza es también Natividad del cuerpo." Y prosigue: "Si bien cada uno de los llamados tiene su propio grado, y los hijos de la Iglesia se distinguen entre sí según la sucesión de los tiempos, sin embargo la totalidad de los fieles, nacida de la fuente bautismal, es engendrada por Cristo en esta Natividad... por lo tanto, la grandeza del don que nos ha sido otorgado exige de nosotros una reverencia digna de su esplendor..."

¿Y qué podemos encontrar más conforme con la dignidad de la fiesta de hoy si no la paz, que en la Natividad del Señor fue anunciada por primera vez por el coro de los ángeles? Ella es la que engendra a los hijos de Dios, como madre de unidad..."

La Natividad del Señor es natividad de la paz, porque dice el apóstol: "Él es nuestra paz". (*Eph. 2, 14.*)

Son admirables estas elevaciones de doctrina y de vida práctica, porque ahí está todo: Iglesia santa en todos sus órdenes de fieles, sacerdocio, pontificado supremo en función de instrumento querido por Dios para la unión de los pueblos, y unión de los pueblos dirigida a la exaltación verdadera y durable de la civilización.

Sí, cuanto en estos tres primeros años de nuestro encuentro de Belén hemos indicado como felicitación navideña, ahí está. ¿Os acordáis? Conocimiento de la verdad, "Pax et Veritas": que lleva la adoración del Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, y a la aceptación de su mensaje. "Pax et Veritas", que robustece los sentimientos nobles y sostiene los propósitos rectos de conocer la verdad y estar a su servicio. "Pax et unitas": Invitación urgente a la fidelidad alrededor de esta cátedra apostólica que es centro de unidad. En fin, "Pax et iustitia", en esa visión de la realidad única de la Iglesia, que contiene elementos preciosos para asegurar la solidez de la estructura social y para celebrar contratos de pacífica convivencia: ya sea de los ciudadanos en el ámbito de una misma nación y en las relaciones del trabajo, ya sea en el mundo entero, que pertenece a todos y a todos debe garantizar la ocupación y la tranquilidad de la vida.

¿No creéis que a esta triple cita de paz: in veritate, in unitate, in iustitia podemos añadir en esta Navidad

un cuarto destello: el de la bondad, la Pax Christi in bonitate, para nuestra mayor y más intensa edificación espiritual?

¡Oh qué bien y con qué perfecta irradiación resultan nuestras elevaciones hacia el reino glorioso de Cristo en la expresión de la santa liturgia: "Rex pacificus magnificatus est, cuius vultum desiderat universa terra. Rex pacificus super omnes reges universae terrae (In vespere Nativit.)."

Así, pues, Pax Christi in bonitate.

La primera visión que se nos presenta es la de Él, que nos invita desde la cuna de Belén, anticipando tiempos futuros en que, ya respetado y aclamado como rabí, el Divino Maestro se encontrará en medio de las turbas conmovidas y les dirá: "Disicite a me quia mitis sum et humiles acorde". (*Matth.* XI, 29.)

Esta voz, que viene de la cuna de Belén, es la irradiación de la bondad de Jesús, de la cual es Él sustancia viva, fuente divina y cuya gracia es magisterio universal de paz para todo el mundo.

Por desgracia, este magisterio, irisado de humildad y de mansedumbre y abierto al gozo de la paz universal, es de hecho, en la sucesión de los siglos, señal de lucha y de obstinada dureza en las mutuas relaciones de los hombres.

Al observar los acontecimientos más cercanos a nosotros se diría que, en esta época nuestra, la aprensión y el miedo producen una fiebre y un ardor de mutua desavenencia, tal vez inconsciente en muchos, pero siempre observable en las relaciones recíprocas, lo que conduce a un continuo desconcierto en las relaciones domésticas y sociales, civiles e internacionales.

Esta comprobación es más dolorosa cuando se piensa que el Creador, en el plan de su providencia, ha puesto en los hombres la inclinación a entenderse, a ayudarse, a integrarse unos con otros en la fraterna colaboración en sus empresas, en la paciente conciliación de diferencias, en la justa distribución de los bienes materiales; iusticia duce, caritate comite, según la caridad y la justicia. (*Pío XII, Ep. enc.*, "Sertum laetitiae", 1.º noviembre 1939, discursos y radiomensajes, III, pág. 492.)

¡Oh, qué claras son a este propósito las palabras de los profetas y de los salmos cuando en nombre de Dios inculcan la bondad y el amor. Dice Isaías: "Desata los haces opresores, deja ir libres a los oprimidos y quebranta todo yugo. Parte tu pan con el hambriento y alberga al pobre y al peregrino, y viste al que veas desnudo, y no desprecies tu propia carne..., y el Señor te dará un perpetuo reposo y llenará tu alma de resplandores". (*Is.* 58, 6-7, 11.)

Si consideramos en conjunto las relaciones mutuas, tanto en el ámbito interno de las naciones cuanto en las asambleas internacionales, podemos advertir qué lejos estamos todavía de la divina enseñanza que brilla en los siglos del Antiguo Testamento y resplandece con luz perfecta en la plenitud de los tiempos con la venida del Divino Maestro. Allí todo es invitación a la paz, porque se

proclama la felicidad de la paz. Aquí, por el contrario, bajo el rumor de las bellas palabras (cuando al menos se salva la forma, pues muchas veces, por desgracia, se descuida), es con frecuencia el espíritu de contradicción a la paz.

Es el orgullo del poderoso que subyuga, es la codicia del que acumula, cerrando su corazón ante las necesidades de su hermano (Cfr. *I. Io.* 3-17), es la insensibilidad del que goza, ignorando el inmenso gemido de dolor que hay en el mundo, es el egoísmo del que piensa exclusivamente en sí mismo.

Es que falta siempre la bonitas Christi, la cual, ante todo, debe constituir el antídoto de este espíritu de contracción y de dureza, encaminando a los hombres a una más tranquila valoración de las cosas.

En nuestra encíclica "Mater et Magistra" hemos querido subrayar que, "cuando estamos animados de la caridad de Cristo, nos sentimos todos unidos y tomamos como propias las necesidades, los sufrimientos y las alegrías de los demás. En consecuencia, la actividad de cada uno —decíamos— no puede menos de resultar más desinteresada, más vigorosa y más humana, porque la caridad es sufrida, es bienhechora..., no busca sus intereses..., no se huelga de la injusticia, mas se complace en el gozo de la verdad. Todo lo espera y lo soporta todo". (*I. Cor.* 13, 4-7, A. A. S. LIII [1961], pág. 461.)

Y por esto precisamente la súplica de paz que se eleva este año de la cuna de Belén quiere ser invocación de bondad, consideración de verdadera fraternidad, a propósito de sincera cooperación, que evite todas las intrigas y todos aquellos elementos disolventes que Nos —lo repetimos— llamamos con su verdadero nombre, sin paliativos: orgullo, codicia, insensibilidad, egoísmo.

Esta exhortación se hace tanto más urgente cuanto la mutua desconfianza es mayor causa de creciente malestar. Reflexionad: que el simple estado de temor de que se sienten presos todos los ánimos al seguir los esfuerzos de ostentada violencia y de enemistad fomentada, da origen a un general enfriamiento y lo extiende cada vez más. En tales circunstancias es natural pensar en las solemnes y graves palabras de Cristo, que suenan como profecía y como amenaza: "Por la inundación de la iniquidad se enfriará la caridad de muchos" (*Matth.*, 24-12). El hombre ya no es para con el hombre hermano bueno, misericordioso y amable, sino que se ha convertido en un extraño, un calculador, un sospechoso, un egoísta.

Qué necesario se hace clamar por el único remedio, que es recibir a Jesús de Belén, Cordero de Dios, venido para quitar el pecado del mundo (Cf. *Io.* 1-29), recurrir a su gracia y practicar su doctrina de misericordia.

¡Oh!, bendita Navidad: encuentro de las almas sencillas e invitación a la purificación interior y a la bondad hacia todos porque "se ha manifestado la benignidad y la amabilidad para con el hombre Dios, nuestro salvador" (*Tít.*, 3, 4).

Deplorar el mal es triste, pero deplorarlo no basta para eliminarlo. Es necesario querer el bien, practicar-

lo y exaltarlo. Es necesario que sea proclamada la bondad a la faz del mundo para que difunda su luz y penetre en todas las formas de la vida individual y social.

Bueno debe ser el individuo: bueno como espejo de conciencia pura, donde no entra la doblez, el cálculo ni dureza de corazón. Bueno como entregado a un continuo empeño de purificación interior y de verdadera perfección. Bueno como fiel a una inmutable firmeza de propósito, con el que mida cada uno de los pensamientos y cada una de las acciones.

Buena la familia, en la cual debe palpar como llama el amor recíproco en el ejercicio de todas las virtudes. La bondad endulza y refuerza la autoridad paterna, es difundida por la delicadeza materna, matiza la misma obediencia de los hijos atemperando su exuberancia e inspirándoles los sacrificios que no pueden faltar.

La bondad debe dirigir también cualquier expresión de vida que, aun estando fuera del ámbito estrictamente doméstico, tenga conexión con él. Aquí tenemos las distintas aplicaciones que se pueden hacer de la bondad en los diversos grados de la enseñanza y en las diversas instituciones de la vida cívica, a fin de establecer la convivencia. Todas las relaciones entre los diversos órdenes sociales deben recibir el influjo de la bondad. También recomienda San León Magno con trazos enérgicos: "Hacer injusticia y exigir reparación — dice — es prudencia de este mundo; pero no devolver a ninguno mal por mal, es expresión inocente de indulgencia cristiana. Se ame, se ame, pues, la humildad y estén lejos los cristianos de cualquier arrogancia. Cada uno anteponga su hermano a sí mismo y ninguno busque el propio interés, sino el interés de los otros, para que, cuando en todos abunde el afecto de benevolencia, en ninguno se encuentre el veneno de la enemistad" (*Serm. XXXVII [In Epiphaniae sollem. VII], IV; Migne PL 54, 259*).

Buena debe ser la Humanidad. Estas voces, que desde lo profundo de los siglos vuelven a adoctrinarnos en nuestros días con acentos modernos, recuerdan a los hombres el deber, que a todos incumbe, de ser buenos, es decir, justos, rectos, generosos, desinteresados, prontos a comprender y excusar, dispuestos al perdón y a la magnanimidad. Como invitación al ejercicio de este deber, se hace de nuevo oportuno el llamamiento — que ha sido el camino de esperanza que ha tomado este nuestro radiomensaje — a querer la paz y a eliminar los elementos que la impiden.

Nos resistimos a creer que la prepotencia humana pueda desbordarse. Junto a elementos de temor y de aprensión, existen positivos fulgores de buena voluntad, constructiva y benéfica. Al dar, por ello, gracias a Dios, fuente de toda bondad, dirigimos a todos la invitación que nos apremia en el corazón: invitación a quien posee la fuerza económica, a arriesgar todo antes que la paz y la vida de los hombres, a emplear todos los medios que el actual progreso pone a nuestra disposición para acrecentar en el mundo el bienestar y la seguridad, no para difundir la desconfianza y las mutuas sospechas. Una vez

más "notábamos con tristeza — para emplear palabras de nuestra Encíclica «Mater et Magistra» — que... mientras por un lado las situaciones de malestar van adquiriendo un gran relieve y se vislumbra el espectro de la miseria y del hambre, por otro se utilizan, y a menudo en gran escala, los descubrimientos de la ciencia, las realizaciones de la técnica y los recursos económicos para crear terribles instrumentos de ruina y de muerte". (*A. A. A. LIII [1961], pág. 448*).

Invitación a quien posee la facultad de formar la opinión pública o tiene el monopolio de una parte de ella, a temer el severo juicio de Dios, y también el de la Historia, y a proceder cautamente, con respeto y sentido de moderación. No pocas veces en los tiempos modernos la Prensa ha cooperado a preparar un clima de aversión, de animosidad y de ruptura.

Invitación a los responsables de las naciones, a los que hoy tienen en sus manos los destinos de la Humanidad. Vosotros también sois hombres frágiles y mortales. Sobre vosotros están fijos con ansia los ojos de vuestros ciudadanos, que son vuestros hermanos antes que vuestros súbditos. Alejad, alejad la sugestión de la fuerza; temblad ante la idea de iniciar una cadena imponderable de hechos de juicios y de resentimientos que pueda terminar en actos considerados como irreparables. Se os ha dado un gran poder, no para destruir, sino para edificar; no para dividir, sino para unir; no para hacer derramar lágrimas, sino para dar trabajo y seguridad.

Ahí tenéis las diversas aplicaciones de una bondad que debe extenderse a todos los campos de la convivencia humana. Esta bondad es fuerza y dominio de uno mismo, paciencia con los demás y caridad que no se apaga ni se desanima, porque quiere realmente hacer el bien a su alrededor, según las inmortales palabras de San Agustín: La bondad "permanece tranquila en las ofensas, beneficia en medio del odio; en la ira es mansa; es inofensiva en las insidias; gime en la iniquidad, y respira en la verdad: inter iniquitates gemens, in veritate respirans" (*Sermo 350-3; Migne PL 39, 1535*).

Venerables hermanos y amados hijos:

Al contemplar de nuevo al Hijo de Dios hecho hombre, deseamos que descienda sobre cada uno de los hombres con todo su esplendor el mensaje de la bondad y caridad evangélica. Sea este mensaje para los creyentes un nuevo estímulo que los conduzca a vivirlo en toda su plenitud, llevándolo con su ejemplo al mundo angustiado. Sea para todos los hombres de buena voluntad una invitación a reflexiones saludables sobre la aplicación constante de los principios en que se basa el orden social de la vida.

Este humilde Vicario de Cristo, al hacer resonar su voz, ha pretendido proponer con más persuasiva evidencia el deber común que brota de la esencia misma de la Navidad.

Al poner fin a nuestras palabras, el pensamiento se dirige, lleno de emoción, a la Humanidad entera, por cuya salvación se encarnó al Verbo divino, de manera particular a los que sufren, a los atribulados de espíritu o

de cuerpo, a quien está en espera de justicia y caridad. A todos se dirige el deseo paterno de toda clase de consuelo.

Pero no podemos callar esta pena a nuestro corazón: que la próxima fiesta de Navidad, al amanecer en el mundo, va todavía a encontrar pueblos privados de paz, de seguridad y de libertad religiosa, angustiados por el espectro de la guerra y el hambre. Por ellos se eleva al cielo nuestra más fervorosa oración, velada por el llanto,

con los votos paternos para que se resuelva equitativamente toda dificultad o controversia y con la intimación, a los responsables de las naciones, a que por obra conjunta de ellos, se afiance la justicia, la equidad y la deseada paz.

Con esta palabra de paz, fundada sobre la verdadera bondad, queremos poner el sello a nuestro mensaje, al cual unimos un fausto saludo y el don de la bendición apostólica.

POCOS SISTEMAS HAN PERJUDICADO TANTO LA PROPIEDAD PRIVADA COMO EL CAPITALISMO

En la Encíclica "Mater et Magistra" el Sumo Pontífice nos exhorta a extender la instrucción de la doctrina social cristiana y a traducir sus principios en realizaciones concretas.

Entre las dificultades con que tropezamos en este trabajo, me parece ser una de las importantes, la de que todos nos hayamos acostumbrado — más o menos — a identificar *la economía a base de propiedad privada con la economía capitalista*. Seguimos en esto ciegamente la interpretación de los economistas liberales y de los comunistas. Olvidamos, igual que ellos, que la economía a base de propiedad privada existe desde el comienzo de la historia, mientras que su versión — o desviación — capitalista solamente tiene doscientos años de vida. Y debido a este olvido, también nosotros los católicos tenemos tanta dificultad en concebir una economía a base de propiedad privada que no sea egoísta, una economía que sea social sin ser socialista.

* * *

Para percatarnos de que el capitalismo (liberalismo) no es más que una posibilidad de enfocar la economía a base de propiedad privada, quisiera hacer a continuación un corto y superficial repaso de la historia de la economía.

Es y ha sido siempre una *obligación moral* de cada persona proporcionar a sí misma y a los suyos el alimento, los vestidos y la vivienda necesarios. Ya temprano en la historia de la humanidad se veía, que para ello era necesario entrar en relación — colaborar — con los semejantes. Sobre todo se formaban dos tipos de relaciones: de amo a trabajador y de productor/vendedor a cliente. En todos los tiempos y lugares existía un concepto, basado en la moral natural, de como en justicia tenían que desarrollarse estas relaciones, y, también en todos los tiempos había personas que no querían ajustarse a ellos.

Los intentos de los pueblos de la antigüedad a organizar su vida económica y social según el concepto de justicia, tropezó siempre con muchas dificultades. Uno de los primeros logros que se conocen fue el de Solón en Atenas, en el siglo VI a. C. En cambio, Roma demostró una marcada ineptitud en solucionar esta clase de problemas, acaso debido a su rígido principio de la propiedad.

Completamente diferente era la situación del pueblo judío y de los que se convirtieron al Cristianismo. En ellos el concepto natural de justicia encontraba apoyo y guía en los preceptos del Viejo y del Nuevo Testamento.

Creo que sobresalen los siguientes tres principios:

1. *Concepto del trabajo*: Mientras que en la antigüedad se despreciaba el trabajo y el trabajador, el Cristianismo consideró al trabajo como camino de salvación; y en el Judaísmo, la casta de los Fariseos enseñaba un oficio manual a sus hijos y la expresión "quien no trabaja que no coma", no es de un comunista del siglo XX, sino de un hijo de una familia farisea del siglo I, del Apóstol San Pablo.

Después de la Reforma, las diferentes confesiones protestantes acentuaban aún más, si posible, el carácter meritatorio del trabajo.

Además parece que esta diferencia de concepto no solamente existía en la antigüedad, sino también en nuestros tiempos en algunas civilizaciones orientales. Una tía mía, que alrededor de 1910 vivía en Shanghai, me explicó que un Mandarín chino le dijo con mal disimulado desprecio, que la religión cristiana nunca podría tener importancia en su país, ya que los que se convertían eran solamente "gente pobre que trabajaba".

Tenemos que admitir que el principio cristiano "del trabajo como camino de salvación" se ha debilitado peligrosamente en algunas regiones y ambientes cristia-

nos y lo que campea en su lugar es un concepto completamente pagano del trabajo. Esto es tanto más lamentable, cuanto en nuestro tiempo ha surgido — por vez primera — una *civilización* no-cristiana que defiende un altísimo concepto del trabajo: el marxismo. A lo mejor la ascendencia hebrea de su fundador ha influido en ello.

2 *Concepto del derecho de propiedad*: Entre los Judíos existían toda suerte de restricciones del derecho de propiedad. Además, en el año sabático, es decir, cada siete años, se tenía que condonar todas las deudas, y, también cada siete años quedaban libres todos los esclavos, un mundo por completo diferente del romano con su esclavitud no solamente vitalicia, sino hereditaria.

Seguramente, si el Cristianismo hubiese penetrado en el pueblo Judío, hubiéramos visto nacer unas formas de organización económica y social — sobre todo en el campo — bien diferentes de las que se establecían al tener que expandirse dentro de la civilización romana con su concepto rígido de la propiedad y sus impresionantes leyes. Es un reproche levantado a menudo contra el Cristianismo, que sus principios no hayan sabido penetrar y transformar bastante la organización económica y social heredada del Imperio Romano.

3. *Concepto de lo justo*: La civilización cristiana, empero, ha sabido superar a la judía en el campo del crédito y de la producción industrial. Mientras que el Judaísmo prohibía la usura entre correligionarios, la doctrina cristiana la prohibió en todos los casos. Y, en la Edad Media, se prohibió además cualquier préstamo contra interés.

Pero es en el campo de la producción “industrial”, en la artesanía, en el siglo XII y en los siguientes, donde el Cristianismo logró inspirar una organización — hasta ahora la más acabada — basándose en el principio de “lo justo”. Esta organización abarcaba tanto la relación “amotrabajador” como la “artesano-cliente”.

El empresario, el maestro, tenía que alojar y mantener sus aprendices y oficiales en su casa, era responsable de su instrucción profesional, e, incluso, existía ya una clase de servicio social en caso de enfermedad. En lo que concierne la relación entre artesano y cliente, todos los “maestros” — propietarios independientes de su taller — estaban obligados a suministrar un trabajo honrado y a pedir solamente el “precio justo”, en el que entraba el valor del material y el del trabajo de los oficiales, aprendices y del propio maestro. Toda la organización económica medieval se basaba sobre la idea, que el precio tenía que ser la justa recompensa de un trabajo realizado y nada más que esto. Esta organización se extendió sobre toda Europa y alcanzó su apogeo entre 1400 y 1500. La calidad profesional que se alcanzó bajo ella nos la demuestran las catedrales góticas.

Además, en el siglo del nacimiento de los Gremios, Santo Tomás de Aquino definió la actividad económica como dirigida a “*la suficiencia de bienes materiales, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud*”, dando así

una definición, en la cual están contenidos dos conceptos, que, a continuación, las ciencias económicas por desgracia han perdido: el de lo necesario, y, el de la actividad económica sirviendo a una finalidad ulterior y superior a ella.

* * *

Después del 1500, el intento de organizar la economía según principios cristianos parece debilitarse.

Los Gremios se anquilosan, en el campo más bien se agrava la condición de los siervos y la nueva forma económica que nace a resultas de los descubrimientos, las grandes compañías de comercio y colonización de los territorios de ultramar, no podría estar más exenta de cualquier principio de “lo justo”. Al contrario, el más crudo afán de lucro rige en ellas. Así, por ejemplo, la compañía portuguesa concesionaria del comercio de especias, quemó parte de sus plantaciones en las Molucas, con el solo fin de hacer subir de nuevo los precios de las especias en la Bolsa de Amsterdam.

Parece que también en la Historia es válido aquel principio “pararse significa retroceder”, y, en el vacío creado se extendió, generaciones más tarde, una interpretación completamente nueva de la economía, opuesta al concepto judeo-cristiano de lo justo, e, incluso a la moral natural: el *liberalismo económico*.

Se trata, ya, de una completa subversión de valores en economía que se estableció en la segunda parte del siglo XVIII, pero esta subversión seguía exactamente el molde de otras del tiempo de la Ilustración: rechazar la autoridad de la moral, basar las acciones humanas sobre los instintos y pretender que de esta manera tanto las personas como la humanidad alcanzarían la perfección.

El fundador de la teoría del liberalismo económico, Adam Smith, era Catedrático de Moral y Filosofía y atacó, en primer lugar, el problema de la motivación de las acciones económicas.

Mientras antes se consideró que, por ejemplo, un padre de familia que mantenía a los suyos cociendo pan de buena calidad y vendiéndolo a un precio justo a sus clientes, realizaba una actividad meritoria tanto desde el punto de vista moral como social, Adam Smith sostuvo que querer mantenerse a sí mismo y a sus familiares era un acto de puro egoísmo y que toda actividad económica estaba dirigida por el afán del máximo lucro. Con ello la declaró como algo *antimoral*.

Esta táctica de tachar de anti-moral una actividad completamente natural, no era más que una estrategia para borrar cualquier distinción entre actividades morales e inmorales y para abrir las puertas a todos los abusos: usura, especulación, salarios de hambre, etc. Las teorías arraigaron y aún después de 1930 se podía oír a catedráticos defender la especulación desenfrenada en la Bolsa y la de artículos de primera necesidad, porque “ella fomentaba la inversión y la producción”.

Desde hace doscientos años la humanidad occidental ha sido sometida a un “lavado de cerebro”: se ha borrado su convicción de que las actividades anti-morales en

economía son también perjudiciales para el bien común, y en su lugar se le ha inculcado la idea de que las acciones más egoístas fomentan el progreso y, por lo tanto, redundan en el aumento del bienestar general.

Además, Adam Smith, interpretó la economía como una lucha de todos contra todos, al estilo de las fieras de la selva, y, así además de anti-moral, la definió, por naturaleza, como *anti-social*.

Estas definiciones aún se consideran válidas y, creo, que sólo debido a su reiteración nos acabamos de acostumbrar a ellas, olvidando la repugnancia que naturalmente nos tienen que inspirar. Todavía recuerdo cuando, a los diecisiete años escogí en la biblioteca un libro sobre Economía para enterarme de la materia que había decidido a estudiar en el futuro. Leyendo las primeras páginas sobre los principios de la actividad económica, me parecía tan imposible que lo que estaba escrito se refiriese a una actividad humana, que busqué la portada del libro, pensando que en la biblioteca por equivocación me habían dado un manual de zoología.

A pesar de este concepto zoológico de la actividad económica, Adam Smith sostenía que ésta llevaría al máximo bienestar del mayor número y toda la sociedad a una perfecta armonía, gracias al funcionamiento del *mecanismo de unas leyes económicas*. Aunque estas leyes hubieran funcionado como él vaticinó, los principios del liberalismo económico hubieran tenido que rechazarse, porque transformar unas actividades que ocupan la mayor parte del tiempo entre los 14 y los 65 años de los seres humanos en anti-morales es un crimen espiritual contra la humanidad.

Estas teorías consideradas como científicas se abrían camino en Inglaterra en la segunda parte del siglo XVIII, pero su puesta en práctica desmentía por completo sus conclusiones. En vez del "mayor bienestar del máximo número", bajaron los salarios de los obreros agrícolas a un 70 por 100, y el de los industriales a casi la mitad con relación al valor de los salarios percibidos alrededor de 1730. Y, a pesar de todos los inventos, de toda la producción industrial, no lograron alcanzar el nivel de antes del capitalismo hasta 1870. En lo que se refiere a la "armonía", se presentó algo hasta entonces por completo desconocido en la economía de propiedad privada: las crisis cíclicas. Y en lo que se refiere a la vida social el resultado aún fue peor, una revolución siguió a otra. Un tal resultado hubiera tenido que originar un cambio rotundo, tanto en las teorías como en la política liberal, pero nada ocurrió, excepto que algunos se apartaron horrorizados. La mayoría continuó. Por lo que tenemos que suponer que lo que realmente importaba no era "el máximo bienestar del mayor número" ni la "armonía", sino la liberación del egoísmo y del afán de lucro de cualquier freno.

Pero si no hubo rectificación desde dentro del capitalismo, no faltaron pronto las de fuera: La *primera* que data ya de 1830, tuvo como origen la protesta de un Parlamentario inglés que, llevado por sus principios cristianos, logró unas primeras leyes sobre la inspección de fá-

bricas, y, con ello, una de las primeras tentativas para movilizar la autoridad pública contra la inhumanidad de la nueva economía. ¡Algo que en tiempo de los Gremios hubiera sido difícil de concebir! La *segunda* fue, en 1844, la fundación de las primeras cooperativas y, con ellas, de un sistema económico que tiene como lema "no beneficios, sino servicio". La *tercera* fue la formación de los primeros "Trade Unions" por los obreros para defender sus derechos. Y, solamente la *cuarta*, desde 1848, el socialismo científico de Marx, que, identificando completamente el liberalismo económico con el sistema de propiedad privada, considera imprescindible aniquilar ambos a la vez. Explica la actividad económica como odio y lucha de clases, es decir, su concepto es tan anti-moral como el del liberalismo, pero, en cambio, su concepto de lucha de clases no es tan radicalmente anti-social como el de la "lucha de todos contra todos", y, la finalidad que preconiza el socialismo, es decir, "una sociedad sin clases", siendo utópico, por lo menos constituye una finalidad.

Desde 1850, el sistema del capitalismo ha sufrido un sinnúmero de transformaciones y correcciones, a las que se añadieron la lucha contra la usura y la especulación, impuestos altos sobre la renta, lucha contra los monopolios, medidas contra beneficios extraordinarios. Por todos los medios se trata de impedir que se pueda lograr este "máximo lucro" — el cual según el capitalismo constituye el motor de la economía —, y, aunque parezca extraño, las economías que mejor logran reducir los beneficios a una medida justa, se desarrollan mejor, y, sobre todo, con mucha mayor continuidad.

El socialismo marxista se ha realizado en diferentes países, que, en la actualidad abarcan la tercera parte de la humanidad. Para imponer y organizarse ha sacrificado un número de personas, que aún en el siglo pasado hubiera parecido imposible. Y, de nuevo — como sucedió con el liberalismo —, el resultado ha sido el contrario al predicho. Según Marx, la socialización de los bienes tenía que llevar a la libertad económica de cada uno, y, según Lenin, en una sociedad así organizada, el Estado iría desvaneciéndose. Ahora bien, no hay dictadura económica mayor que la de los países comunistas; y sus respectivos Estados, lejos de desvanecer, son cada vez más absorbentes. También aquí podemos suponer, que lo que importaba, en el fondo, no era tanto la liberación económica y política del hombre, como la concentración del máximo poder en manos de un partido.

* * *

La lucha entre los dos sistemas económicos se extiende hoy a todos los continentes. ¿Qué razones abogan en favor de uno u otro sistema? Quizá el mejor "banco de pruebas" para poder contestar en parte a esta pregunta, es en la actualidad Alemania, porque, partida en dos por ambos sistemas, éstos se han desarrollado sobre idéntica base (el mismo pueblo, igual nivel de educación, igual nivel de vida anterior).

En aquel país, como lo expresó un político americano, "la gente vota con los pies", pasándose de una zona a otra, mientras ello fue posible. ¿Más, en qué dirección y por qué razones? Parece fuera de duda que el número de los que se pasan de la zona soviética a la occidental es mucho mayor. Entre los fugitivos, encontramos un núcleo de personas acostumbradas a la independencia económica (pequeños empresarios, campesinos y profesiones liberales, sobre todo médicos). Otro núcleo mayor lo constituyen los obreros, que se pasan porque los salarios de la zona occidental son más altos.

También en dirección contraria pasa gente, su número parece ser muy inferior. Pero entre ellos, de vez en cuando, hay personas tan relevantes como el investigador atómico Pontecorvo. ¿Qué razón pudo inducir a un hombre de ciencia a "votar" así por el régimen soviético? Según mi opinión, hay que excluir todo interés material y buscar la contestación en el campo de los principios: profunda repugnancia contra un sistema económico que pone el fin de la actividad de cada uno en lograr el máximo lucro, ante otro sistema que afirma edificar la economía en la colaboración de todos.

* * *

Hace doscientos años el capitalismo trastocó por completo las ideas que se tenían de la actividad económica.

Mientras antes se creía que las actividades anti-morales en economía también resultarían perjudiciales para el bien común, el capitalismo predicó que el egoísmo fomentaría el progreso y, por lo tanto, el bienestar general.

La introducción de estos principios en la economía de propiedad privada empeoró durante generaciones la situación de la mayor parte de la población: la de los obreros. Además, suscitó un desequilibrio crónico entre producción y consumo.

Después, empezaron a aplicarse un creciente número de medidas — todas ellas opuestas a los principios del capitalismo y liberalismo — dirigidas a lograr una distribución más justa de los ingresos y unos beneficios más en concordancia con el esfuerzo realizado. En los países donde mejor éxito lograron, la economía de propiedad privada, no solamente sobrevivió, sino que se afianzó. Luego, una distribución y unos beneficios justos son imprescindibles para el progreso de la economía de propiedad privada.

Repasando la historia económica de los últimos dos siglos y contemplando el panorama político actual, con un tercio de la humanidad viviendo y trabajando bajo regímenes comunistas, tenemos que llegar a la conclusión de que pocas cosas han perjudicado tanto a la propiedad privada como el capitalismo.

ELSA HOERLER

No basta afirmar el carácter natural del derecho de propiedad privada, incluso de los bienes productivos, sino que también hay que propugnar insistentemente su efectiva difusión entre todas las clases sociales.

(De la encíclica "Mater et Magistra".)



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Febrero - 1962

- GENERAL:** Que los fieles oren con más frecuencia en medio de las preocupaciones de la vida.
- MISIONAL:** Que los gobernantes de las nuevas naciones promuevan el bien común de los pueblos movidos por el deseo de justicia y equidad.

ARMONIA EN EL TRIPLE AMOR DE JESUCRISTO

Las cosas opuestas y contrarias, cuando se proponen iuxta-puestas, se iluminan mutuamente, y se entienden con más luminosa claridad. La acertada justeza de este aforismo se verá en pocos casos tan palmariamente como en el nuestro.

La consideración sincera, aunque triste y amarga, de las discrepancias, oposiciones, discordias, en una palabra, del desorden que hay en nuestros amores, y consiguien-

temente la atenta reflexión sobre la lucha, de todo punto necesaria para restablecer el orden y mantenerlo, nos ayudará eficazmente a darnos cuenta, en contemplación gratísima, de la perfecta armonía en el triple amor de Cristo, si bien no habremos de desconocer la lucha que Él hubo de sostener, lucha siempre victoriosa. Tal es el plan de este artículo.

I. El desorden en nuestros amores

Designio grandioso fue, y benevolentísimo, el de Dios Nuestro Señor para con la familia humana, cuando al haber creado a nuestros primeros padres en tanta grandeza de orden natural, y al haberles elevado al orden sobrenatural, dándoles la vida de la Gracia, con la adopción de hijos, para que pudiesen merecer la herencia de los hijos, que es la herencia de Dios en la vida eterna del cielo, completó su magnífico plan constituyéndoles en lo que se llama la justicia original, con tanta plenitud de dones divinos, que suave y fácilmente tuviesen completa armonía en sus amores; es decir, que el amor sensible estuviese del todo subordinado al amor espiritual de la voluntad, con tal que su voluntad se mantuviese sometida, con la fidelidad que es deber de los siervos y con el amor que es digno de los hijos, a la voluntad divina, norma suprema de toda rectitud, de toda santidad, de todo orden, paz y dicha.

Así comenzaron a vivir ellos; así habían de haber seguido viviendo; y así deberíamos vivir todos nosotros, sus descendientes, según el plan de Dios, en la tierra, hecha un paraíso, hasta pasar después, sin ignorancias y sin errores, sin rebeldías de pasiones, sin dolor y sin muerte, al Paraíso eterno de la gloria.

Pero sobrevino el pecado, por la engañosa insidia de Lucifer, y el consentimiento de nuestros primeros padres; y la rebeldía de su voluntad, levantada soberbia y desobedientemente contra Dios, fue castigada con la pérdida de aquel estado felicísimo; y como aquello era un patrimonio familiar, al perderlo ellos, lo perdimos también nosotros. Se desordenaron nuestros amores.

Cierto que el Divino Redentor, prometido tan amorosamente por Dios, a raíz de la tristísima prevaricación, en el mismo paraíso terrenal, y esperado y anunciado por tantos siglos, vino en la dichosa plenitud de los tiempos, y vino para deshacer las obras del diablo, como dice San Juan (1). Ciertamente que a nosotros, sus cristianos, en el santo bautismo, nos incorporó consigo, perdonándonos la culpa original, que habíamos contraído, al venir a la vida humana, y haciéndonos recobrar la vida divina de la gracia.

Acerca de lo cual, muchos se preguntan, como se lo pregunta y lo responde, en una página profunda y bellísima, el *Catecismo Romano*, o *Catecismo del Concilio de Trento*, monumento de sabiduría cristiana y copioso compendio de toda la doctrina católica. Dice así: "Algún quizá pregunte: ¿por qué inmediatamente después del bautismo no quedamos libres, ya en esta vida, de las miserias y penalidades, y no somos reintegrados a aquel estado perfecto de vida, en que fue colocado Adán antes de su caída. Responderemos con una doble razón: 1.ª Mediante el bautismo nos unimos a Cristo, y quedamos hechos miembros de su Cuerpo; no podemos, pues, aspirar a mejor condición o a mayor dignidad que la de nuestra Cabeza. Ahora bien, Cristo, aunque desde el primer instante de su existencia poseyó toda la plenitud de gracia y de verdad, no abandonó la fragilidad de la naturaleza humana, por Él asumida, sino después de haber soportado los tormentos de su Pasión y Muerte, y haber resucitado a la gloria de la vida inmortal. Justo es, por consiguiente, que los cristianos, aunque hayan recibido por el bautismo la posesión de la gracia divina, continúen todavía revestidos de un cuerpo frágil y caduco, hasta que, después de haber soportado muchos trabajos por Cristo, y haber muerto, sean de nuevo reintegrados a la vida, para gozar con Él el reino de su perfecta bienaventuranza. 2.ª La segunda razón de permanecer en nosotros, aún después del bautismo, la debilidad del cuerpo, las enfermedades, los dolores y la *concupiscencia*, fue para que nos resultara más posible y abundante la siembra de virtud y la cosecha de méritos y premios para la eternidad. Si sabemos soportar las miserias de esta vida, y, con la ayuda divina, sujetamos los desordenados instintos de la naturaleza a la razón, hemos de esperar con toda certeza que, después de haber combatido legítimamente el buen combate, después de haber terminado nuestra carrera, y haber guardado la fe, el Señor, justo Juez, nos otorgará en aquel día la corona de justicia, preparada para todos los que aman su venida" (2).

(1) I Jo., 3, 8.

(2) *Catecismo Romano*; edic. de la BAC, págs. 392, 393.

Es, pues, un hecho innegable que todos los hombres, aun los cristianos, y en no pocas ocasiones éstos más aún que otros, a causa del odio del demonio contra Cristo, cuyos miembros somos, y por envidia contra nosotros, a quienes ven en camino de ocupar algún día en el cielo los tronos de que él y sus secuaces fueros privados por su rebeldía contra Dios, experimentamos y sentimos frecuentemente oposición y discrepancia entre el amor sensible y el amor espiritual. Ama muchas veces el corazón lo que la voluntad prohíbe; se inclina al bien la voluntad, y la concupiscencia nos induce a obrar lo contrario.

Con acento desgarrador lo expresa San Pablo, hablando en nombre de todos nosotros: "Lo que hago no

me lo explico; pues no lo que quiero es lo que obro; antes lo que aborrezco, eso es lo que hago. No es el bien que quiero lo que hago; antes el mal que no quiero es lo que obro. Hallo, pues, esta ley: que al querer yo hacer el bien, me encuentro con el mal en las manos; pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; mas veo otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón, y me tiene aprisionado como cautivo" (3). Esto, en su Carta a los Romanos; y en la escrita a los Gálatas, por parecida manera: "La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; como que esas cosas son entre sí contrarias; de manera que no hacéis lo que queréis" (4).

II. Lucha necesaria

Se impone, pues, una lucha interior, dentro de nosotros mismos, para que estando, como están, en desorden nuestros amores, el espiritual y el sensible, el amor con que amamos, apetece, buscamos los bienes sensibles y de la tierra, y el amor con que amamos, apetece y buscamos los bienes espirituales y del cielo, pongamos orden en nuestros amores, hasta lograr que el superior prevalezca sobre el inferior, y se haga concordia y paz entre ambos.

Y esto, so pena de morir con la muerte del alma, y perdernos. Nos lo dice el mismo San Pablo: "Si vivís según la carne, habréis de morir; mas si con el espíritu (vivificado con el Espíritu Santo) hacéis morir las apetencias (desordenadas) de la carne, viviréis" (5); y ¡con qué preciosa y admirable vida!, nada menos que con la vida de hijos de Dios, y herederos de Dios, por el Espíritu de Dios; como a continuación nos expone el gran Apóstol; lo cual no es sino un eco de lo que nos enseñó el Divino Maestro: "El que se ama desordenadamente, se perderá; mas el que se ama ordenadamente en este mundo, guarda su alma para la vida eterna" (6). Comentando estas palabras San Agustín, exclama: "Grande y maravillosa sentencia, en la cual el Señor nos enseña cómo está en nuestra mano (por el mal uso o el buen uso de nuestra libertad, por dejarnos llevar del desorden en nuestro amor, o poner orden en él), o amarnos desordenadamente, y así perecer; o amarnos ordenadamente, y así salvarnos. Si te amas mal, entonces propiamente no te amas, sino que te aborreces; si te amas bien, entonces sí que en verdad te amas" (7). Y como profundamente dice en otro lugar el mismo Santo Doctor, "No sé de qué inexplicable manera, el que se ama a sí mismo (desordenadamente), no a Dios, ése propiamente no se ama; y el que ama a Dios, no a sí mismo, éste es el que en verdad se ama; y la razón es porque el que no puede vivir de sí mismo, muere ciertamente al amarse a sí mismo; por consiguiente no se puede decir que se ama el que se ama a sí mismo de manera que al amarse con desorden no puede vivir

con la verdadera vida" (8). Es que, como también San Agustín dice en su obra inmortal "De la Ciudad de Dios", la más breve, exacta y verdadera definición de la virtud es ésta: "Virtus, ordo amoris; la virtud es el orden del amor.

Ahora bien, ya que por efecto del pecado original y de nuestros propios pecados personales hay discrepancias, discordia, desorden en nuestros amores, entre el espiritual y el sensible, como cada día lo experimentamos, es preciso nuestro esfuerzo, con la gracia de Dios, para poner orden en nuestros amores. Y este esfuerzo ha de ser el de la lucha con que nos hemos de vencer a nosotros mismos; lucha defensiva por la abnegación cristiana (no ceder, no consentir, decir que no a las apetencias o concupiscencias del amor sensible, cuando se nos desordena), y lucha ofensiva por la mortificación cristiana (amortiguar los ímpetus de las pasiones desordenadas, hasta dar muerte a todo lo que en nosotros es desorden); y todo para poner orden en nuestros amores, pues tan sólo con ese vencimiento alcanzaremos el dominio propio, el predominio necesario del amor espiritual sobre el amor sensible, para así vivir con la libertad de los hijos de Dios, conformando amorosa y libremente nuestra voluntad con la de Él, sin dejarnos aprisionar por los grilletes del pecado, ni dejarnos oprimir por los lazos del desorden.

Tal es la "ascesis" cristiana, el ejercicio del buen combate, el cual nos enseñó Jesús que es la condición para seguirle a Él y vivir con Él: "Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome a cuestras su cruz, y sígame" (9). Tal es la verdadera ley de la vida cristiana; y cuanto más perfectamente se cumple, tanto es más perfecta y santa la vida cristiana. Por eso San Ignacio, en su Libro de los Ejercicios, cierra la sección de lo concierne a la elección de estado o reforma de vida, con esta sentencia de oro: "Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés" (10).

(3) Rom., 7; 15, 19, 21-23.

(4) Gal., 5, 17.

(5) Rom., 8, 13.

(6) Io., 12, 25.

(7) Tract. 51 en Io.

(8) Tract. 103 en Io.

(9) Lc., 9, 23; Mt., 16, 24.

(10) Exerc. Spir., n.º 189.

III. El Templo hermoso de la paz

¡Qué distinta el alma y la vida de Cristo! Como nos dice el Papa, "El Corazón de Jesucristo, unido hipostáticamente (personalmente) a la Persona Divina del Verbo, debió sin duda palpitar de amor y de todo otro afecto sensible; con todo, estos sentimientos eran tan conformes y tan en armonía con su voluntad humana, rebosante de caridad divina, y con el mismo amor infinito que el Hijo tiene común con el Padre y el Espíritu Santo, que nunca hubo discrepancia o algo menos conforme, nada de oposición ni discordia entre estos tres amores". Los afectos sensibles, los sentimientos que son peculiares de la parte sensitiva y corporal de la naturaleza humana, estaban en Cristo perfectamente subordinados, y como al servicio de su amor espiritual humano; y ambos amores estaban dichosísima y plenamente subordinados, y al entero servicio, de su amor divino. O, de otra manera: el amor espiritual sobrenatural de Cristo, es decir la caridad infusa que enriquecía soberanamente la voluntad humana de Cristo, y cuyos actos eran iluminados y dirigidos por la doble ciencia perfectísima, a saber la visión beatífica y la ciencia infusa, tenía por completo a su mandar y a su disposición todos los afectos y actos del amor sensible con un dominio pleno y pacífico; y ella misma, la voluntad humana de Cristo, inmensamente enriquecida por la caridad sobrenatural infusa, y a la luz de aquella doble ciencia, se entregó, y vivía en perfectísima entrega, al amor divino, al propio del Verbo, común, a la vez, al Padre y al Espíritu Santo.

Había, pues, perfectísimo orden en los tres amores de Cristo; y por lo mismo había perfectísima paz, ya que la paz es la tranquilidad del orden. ¡Hermosísimo Templo de la paz el interior de Cristo, toda su vida, todas sus actividades divinas y humanas!

Y con la paz, la bienaventuranza, pues en Cristo se

cumplió con eminencia perfecta lo que Él mismo enseñó en la séptima bienaventuranza: "Bienaventurados los pacíficos (más propiamente, los pacificadores, los que hacen obra de paz, comenzando por hacerla en sí mismos), porque ellos serán llamados hijos de Dios" (11). He aquí cuán bellamente expone San Agustín esta séptima fuente de paz y bienandanza: "Hay perfección en la paz, donde nada hay que resista o contradiga; y por eso los pacíficos son hijos de Dios, porque nada en ellos se opone a Dios; y cierto que los hijos han de tener semejanza con su padre. Ahora bien, son pacíficos en sí mismos, o hacen obra de paz en su interior, los que dominando todos los movimientos de su alma, y sometiéndolos a la razón, o sea a la mente y al espíritu, y teniendo bien domadas todas las carnales concupiscencias, quedan hechos reino de Dios; en el cual todas las cosas están ordenadas de forma que lo que en el hombre es principal y más excelso, eso sea lo que mande y domine, no oponiendo resistencia o rebeldía las otras cosas que nos son comunes con los irracionales; y aquello mismo que sobresale e impera a lo inferior, es decir la mente y la razón, se someta a lo que incomparablemente es superior y más excelente, a saber la Verdad misma, el Unigénito Hijo de Dios; pues ni puede dominar lo inferior, si ella no se somete a lo que es del todo superior. Y ésta es la paz que se da en la tierra a los hombres de buena voluntad; ésta la vida del que ha llegado a la cumbre de la verdadera sabiduría", que es regir la propia vida, y ordenarla hacia Dios (12). Si a esta cumbre llegan tan sólo los que con heroico esfuerzo logran ese dominio propio y esa sujeción filial a Dios, y por eso quedan hecho hijos de Dios, ¿qué diremos del orden y de la paz del que siendo Hijo propiamente tal de Dios, vino a hacernos a semejanza suya hijos de Dios por adopción perfecta?

IV. Aún en la armonía, lucha; lucha victoriosa

Quiso Jesucristo hacerse como uno de nosotros, del todo parecido a sus hermanos, los hombres, a excepción de lo que en absoluto no podía ser, el pecado y el desorden; y por eso se abrazó con lo que es la vida humana en la tierra: combate y lucha.

Por de pronto, permitió ser tentado de Lucifer, el cual precisamente le acometió, como vemos en la triple tentación del desierto, intentando inclinarle a los bienes terrenos, para ver si lograba que el amor sensible de Jesús se conmoviese y no predominase el amor espiritual de los bienes divinos. Fuerte e insidioso fue el triple ataque; apeló Satanás a las astucias más ingeniosamente urdidas; pero la victoria de Jesús fue completa; victoria del amor espiritual, sometido al amor divino, por encima de cuanto se propusiese a su amor sensible.

Y también permitió Jesús que en su interior hubiese

lucha incesante. Dada la perfección de su exquisita sensibilidad y del conocimiento perfecto que tenía de todo, quiso sentir de la manera más viva las naturales resistencias del alma humana al dolor, a la aflicción, a la tristeza, a la humillación, a la muerte. Nadie como Jesús ha sentido estas interiores repugnancias y dificultades del apetito sensitivo; dio, por decirlo así, rienda suelta a sus nobilísimas y vivísimas pasiones para sentir y experimentar todo lo que es amargo y duro, penoso y aflictivo en nuestra vida humana; pero nadie como Él luchó con tan esforzado y heroico denuedo para sobreponerse a las resistencias de la naturaleza, a los fueros del amor sensible. Entremos en el Huerto de Gethsemaní; contemplemos la agonía, o lucha de muerte, el combate interior de su alma; y veremos lo terrible de la pelea y lo esclarecido de la victoria. El mismo acto de soberano valor con que se sobrepuso a sus naturales repugnancias sensitivas, le hizo sudar sangre...

(11) Mt., 5, 9.

(12) Lib. I de *Serm. Dom. in monte*.

Y así es que el orden y la armonía en los amores de Cristo son tanto más admirables, meritorios y ejemplares, y nos dan un dechado tanto más perfecto y un mo-

tivo tanto más poderoso para que nosotros ordenemos los amores de nuestra alma, cuanto fue su lucha más incesante y dura; lucha siempre victoriosa.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

NO HAY MOTIVO PARA COMPLEJOS

En circunstancias culminantes para su patria, dijo el Cardenal Mercier que "la religión de Cristo hace del patriotismo una ley y que no hay perfecto cristiano que no sea perfecto patriota". Y este patriotismo está tan lejos del nacionalismo jacobino o nazi como del internacionalismo marxista y del pacifismo burgués.

Tenemos obligación cristiana de amar la patria. Arranca del cuarto mandamiento del Decálogo. Se funda en la caridad. Coordina el amor universal con los imperativos y exigencias afectivas de un pasado, presente y futuro con vocación providencial, cierta y evidente, de cara al bien común nacional e histórico.

Este patriotismo no puede consistir en una feria de adulaciones propias y de retóricas vacuas. Pero tampoco de sistemáticos pesimismo ni imitaciones serviles. Ya Lope de Vega se lamentaba de que "en siendo extranjero un hombre, — es oficial excelente; — libro en lengua diferente — siempre tiene mayor nombre...", refiriéndose a nuestra idiosincrasia nacional.

Por esto conviene registrar las notas de aliento y optimismo que se nos ofrecen. No para engallarnos. Sino para adelantar en el buen camino y superar los reales entuertos.

Y a esto vienen tres notas, que en pocos días nos llegan, que indican síntomas y realidades saludables en nuestra vida religiosa.

Un padre jesuita, en viaje de estudios por Europa, nos escribe que ha visitado las casas de Ejercicios Espirituales de Bélgica y Holanda.

Ha hablado con muchos directores de tandas. La conclusión que ha sacado es que en España, en este terreno, nuestros métodos, nuestro espíritu, nuestra organización, están muy por encima de todo lo que hay por allí, donde lo hay. Cuando les decía que en España las tandas de Ejercicios generalmente son de cinco días en completo silencio, tenía que repetir la expresión de diferente manera, pues no acababan de entender. En todas las casas de Ejercicios que ha visitado lo primero que le mostraban era la sala de juego: una sala con muchas mesitas, con sus correspondientes barajas, mesa de ping-pong, billar, etc. Nuestro amigo empezaba su entrevista con modestia, con deseos de aprender. Y al final era él quien les daba el plato fuerte.

También el Sr. Obispo Auxiliar de Tarragona, Dr. Laureano Castán, en una conferencia comentaba que en una semana de pastoral litúrgica de Bolonia, el Cardenal Lercaro decía que el ideal al cual hay que acercarse es la participación del pueblo en la Santa Misa. Es llegar a la Misa cantada con participación del coro tal como se hace — dijo el Cardenal — en muchas parroquias de España. A este acto asistían unos sacerdotes españoles que deseosos de empaparse a fondo del movimiento litúrgico recorrieron varios centros pastorales de Francia y Bélgica. Ellos iban a buscar el ideal fuera, cuando oyeron de labios muy autorizados que lo tenían en casa.

Nos llega también la revista "Pra-

do" en la que escribe Monseñor Ancel, Obispo Auxiliar de Lyon. "En Francia se conoce muy mal a España", dice Monseñor Ancel. He aquí textualmente lo que cuenta el Obispo francés de sus impresiones españolas por Barcelona y Valencia: "Después del Congreso Eucarístico Internacional, el Arzobispo no quiso como algunos le sugerían, levantar un monumento conmemorativo. En recuerdo del Congreso Eucarístico, invitó a los fieles a participar en la construcción de viviendas populares. Barcelona, en efecto, es una ciudad que crece sin cesar y que no llega a satisfacer todas sus necesidades. Este llamamiento fue correspondido y los católicos de Barcelona han recogido ya una suma de 60 millones de pesetas para estas nuevas construcciones. Ha surgido un nuevo barrio. El Arzobispo ha querido que el templo parroquial sea lo último a levantarse. Sin duda alguna, no tenemos nada o casi nada en Francia que se pueda comparar a esta realización... En cuanto al valor de la J.O.C. española yo pido a los consiliarios que asistieron al congreso de Barcelona, que nos digan su opinión. Estarán satisfechos de manifestar la admiración causada... Los españoles trabajan, trabajan mucho y trabajan bien."

He ahí tres testimonios palpantes y del más alto valor. En el terreno de la ascética — Ejercicios Espirituales —, en liturgia y pastoral, en realizaciones sociales, en la marcha de la J.O.C. Lo dicen testigos excepcionales de autoridad.

JOSÉ RICART TORRENS, Pbro.

EL JUEGO AFRICANO

El turista que visitare Vizcaya no tendrá más que una visión parcial del carácter ibérico. Pero se puede afirmar que el turista que visita Dakar, tiene ante él el panorama psicológico completo de África. ¿Cómo es esto posible?

La causa de este curioso fenómeno es bien sencilla. Tanto el marroquí como el congoleño han "sufrido" una colonización y han "obtenido" una independencia. Los dos han puesto bombas y han conspirado ocultamente contra los "opresores". Luego, la conspiración y los explosivos, a unos antes y a otros después, les proporcionó lo que se habían propuesto: la independencia. Los dos se sintieron "libres". Llegaron algunos problemas que hasta aquel momento le eran desconocidos, y por la fuerza de la inercia, reaccionaron de igual forma.

¿Se puede afirmar por esto que África es una unidad? No. Cuando el africano se sintió libre, en cierto sentido se hizo anárquico. Las luchas interiores brotaron y los odios ancestrales de castas, razas, tribus y religiones tuvieron campo para desarrollarse. Se sintieron fuertes. Habían vencido al "poderoso", al colonialista. Se sintieron dueños y quisieron ser propietarios de todo. Algunos intentaron "nacionalizar" la Iglesia católica. Otros intentaron e intentan expulsarla porque la creen "residuo del colonialismo". Y aunque los dos hechos parezcan a primera vista contrarios, tienen un fondo común.

Ahora bien, el verdadero drama de todo esto, no son los hechos en sí. Es la forma. El africano, como ente social, hace estas cosas jugando. El hecho de querer nacionalizar la Iglesia no significa que el Gobierno del país donde esto suceda tiene una tesis que afirma la conveniencia de una iglesia nacional. La quie-

ren nacionalizar porque es colonialismo, y tiene que cambiar o marcharse. Las ideas en el africano son meros reflejos sin asimilación. Imita al primero que se le presente. Toda la política africana, aunque se crea lo contrario, no es más que un intento de imitación.

Relataré un caso típico que explicará como el africano hace las cosas. Durante varios años he vivido en una ciudad de África. No sabía que allí existiera ningún cuerpo de ejército indígena. Era la población menos castrense que uno se puede imaginar. Un buen día el país obtuvo la independencia. Y heme aquí, atónito, ante un desfile compuesto de varios miles de jóvenes. A cualquier cabo de un ejército serio, le hubiera dado un ataque cardíaco. Los sentidos de la recta y la paralela, brillaban por su ausencia. Tocaban la trompeta con verdadero mal gusto. Daban unos pisotones, que después de consultar varios tratados de instrucción militar, no he podido saber qué significaban. Era lo que habían visto hacer a los "colonialistas" y ellos también lo estaban haciendo, porque eran "libres". En la tribluna, el flamante "presidente" saludaba firme con un aire que quería ser normal, pero que no podía ser más afectado. Un compañero que había venido a hacer la información del acontecimiento, me dijo: "Juegan al hombre blanco".

El africano lo hace todo jugando. En una ocasión jugó a pedir la independencia. El juego dio resultados y a jugar se ha dicho. Se forman consejos de ministros, se nombran representantes en la ONU, embajadores, etc. Cuando al hombre medio se le pregunta el por qué de todas estas cosas, responde que "hay que hacerlo así". Y cuando se se pregunta al hombre culto, dice que "todo el mundo lo hace". La

primera parte del juego ha dado resultados. La segunda está siendo algo más problemática.

Y todo esto ocurre no por falta de cultura como han creído muchos sino por falta de siglos, de historia. Digo no por falta de cultura porque la experiencia me ha demostrado que es así. Tengo varios amigos marroquíes con carreras universitarias, que sueñan con el día en que el Sur de España vuelva a manos de los árabes. Los institutos, las universidades, la industria, la ayuda en general de Occidente y de otros países, pueden ser un remedio, pero no una cura. El negro que sale de la choza para ir a la escuela, termina convirtiendo la escuela en choza. He visto a miles de mujeres africanas hacer la comida en el suelo de una suntuosa cocina. En el aspecto industrial sucede algo parecido. El negro se monta en el tractor con una sonrisa de oreja a oreja. Escucha embelesado las explicaciones del mecánico. Pone en marcha la máquina y está trabajando con ella hasta que se le acaba la gasolina. Cuando esto sucede, trastea sin sentido alguno en el motor, y termina por llamar al mecánico para que se lo arregle.

Son los individuos los que forman una sociedad. Y es la sociedad la que forma y da carácter a los individuos. Las sociedades no se forman jugando, al menos aquéllas que pretenden ser civilizadas. Hacen falta siglos, historia. La hija tiene que ver a la madre, hacer la comida sobre una mesa para que ella lo haga. Para una europea, hacer las cosas en el suelo supone un dolor de riñones. Este dolor de riñones es el que le falta a África. La evolución del suelo a la mesa, este es el defecto. Y aunque se crea lo contrario, esto necesita siglos para formarse.

El cambio, el salto sin evolución, no se puede hacer más que jugando.

La desconfianza innata que notamos a veces en nuestros campesinos, es lo que nos ha hecho progresar razonablemente. Es una locura lanzarse ciegos hacia el progreso. El progreso necesita estudio, análisis, porque no todo lo nuevo es progreso. Un campesino español se negó durante varios años a tomar leche en polvo. Un negro de África tomó tal cantidad, el primer día que se la dieron, que estuvo muy cerca de la muerte. El español seguramente había pensado: "Esto no es natural". El negro por su parte reflexionó: "Ya no tengo que cuidar ni que ordeñar

a las vacas, con estos polvos está todo solucionado".

Nuestros niños le sacan las "tripas" a los juguetes para ver lo que hay dentro, para descubrir el funcionamiento. El niño africano se asombra ante el juguete mecánico mucho más tiempo que el crío más "paguato" del pueblo más atrasado de España. Si el africano llega a romper el juguete, no es por ansias de investigar cómo funciona, sino por mero instinto destructivo. Pero lo más normal es que no lo rompa, sino que haga de él un dios. ¿Quién le enseñó al niño de un determinado país a investigar el funcionamiento de un juguete? ¿Qué fue lo que

impulsó a otro a divinizar el mismo objeto? Sin duda, la historia. La historia deja un residuo en las sociedades, que el niño percibe mucho antes de lo que generalmente creemos.

El choque es demasiado fuerte para el africano. Salir de la edad de piedra para entrar en la era atómica no es nada fácil. Todos aquellos que se preocupan por los países subdesarrollados, deberían conseguir un sistema para inyectarle a África los siglos que le faltan. Pero este sistema existe, mejor dicho, existió. Mas baste esto por ahora, dejemos el sistema para otro artículo. Tángier, octubre 1961.

J. L. A

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Guasp, Mn. Bartomeu: OBRA DIVERSA, Mallorca, 1961. 16 x 11 centímetros, 318 págs. Guasp, Mn. Bartomeu: JERÓNIMOS EN MIRAMAR, Palma de Mallorca, 1961. 17 x 12 cm., 136 págs.

Citar el nombre de Mn. Guasp es evocar lo más típicamente mallorquín que resta de la brillante escuela poética isleña, tan caracterizada dentro del renacimiento de la poesía catalana. Refugiado en su recoleta mansión de la calle de San Alonso, a la vera del Colegio cuatro veces secular de Montesión, el poeta y sacerdote se nos antoja como el albacea literario de la pléyade de los Tarongí, Costa y Llobera, Riber y tantos vates unguídos, auténticos intérpretes del sentimiento mallorquín y arcas vivas de su lengua incontaminada. Fecunda y comunicativa ha sido siempre la pluma de don Bartolomé, como expansiva y varia su musa. Pero hacía ya tiempo que estaban agotadas sus más características poesías juveniles publicadas años ha con el título sugestivo de "Rosada". Ahora de nuevo las saludamos con alborozo, acrecentadas con nuevas composiciones y acompañadas de varios trabajos en prosa, que tienen con las poesías el común denominador del amor a los altares y los hogares. Recordamos con pena que el gran poeta de Campanet, Mn. Lorenzo Riber, rompió su lira al ver los nuevos derroteros que tomaba la nueva generación poética (?) de nuestra postguerra. El hecho es que enmudeció definitivamente y nos privó de una continuidad que nos hubiera sido preciosa. El poeta de Alaró, Mn. Bartolomé Guasp, testigo de la misma tragedia, siente a su vista nuevos

arranques de inspiración y no quiere una poesía oscura, altiva e impopular, sino que nos exhorta a salvarla

"fent-la clara i sincera, que és la segura norma".

Pero no conocería sino muy parcialmente a Mn. Guasp quien no hubiera leído siquiera algunas de sus muchas monografías históricas.

En artículos periodísticos o en tomos de mayor o menor fuste, con paciencia benedictina y sin cejar por falta de ambiente o de ayuda, ha ido arrojando luz no sólo sobre las glorias de su pueblo natal, con su castillo y su santuario, sino también sobre otros muchos aspectos de la historia de Mallorca. Pero su especialidad la constituye el eremitismo mallorquín, que conoce como nadie. Revolviendo legajos, recorriendo ermitorios y auscultando cuidadosamente los latidos de tradiciones a punto de parecer, con intuiciones de poeta y con memoria de archivero ha hecho revivir las grandes figuras y los hechos salientes, no menos que la vida oscura y diaria de tantos escondidos ascetas como poblaron lo que Mn. Guasp llama "el sacro yermo insular". Pocos años duró en Mallorca la fundación jerónima. Pero dejó allí el rastro suficiente para que nuestro docto historiador pudiera contarnos sus vicisitudes aun menos trascendentes. Hoy, después de la restauración de la Orden en el Monasterio de Yuste, cuyo actual superior es mallorquín, todo cuanto se refiere a ella cobra nueva actualidad. Razón de más que por todo ello nos congratulemos sinceramente y deseemos al laborioso sacerdote-poeta e historiador luengos años de vida, ya que tan bien la emplea para tanta gloria de Dios y de su Patria.

FRANCISCO SEGURA, S. I.

CRISTIANDAD

REDACCION: Louriá, 15, 3.º - Telf. 221 27 75.

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripción anual: 150 ptas.

Precio de este núm.: 12 ptas.

CONSTRUCCION DE HUSOS, CILINDROS RAYADOS
ESTIRAJES PARA CONTINUA Y MECHERA

JUAN PAYAS, S. A.

Licenciados S K F

FUNDICION, TALLERES Y OFICINAS:
San Antonio M.^a Claret, s/n
Teléfono 2600

MANRESA

APRESTOS, TINTES Y ACABADOS

MANUFACTURA AUXILIAR S. A.

APRESTOS: Ntra. Sra. de los Angeles, 13
Teléfono 2384

DESPACHO y TINTES: San Sebastián, 127
Teléfono 1103

TARRASA

GARANTÍA DE SUPREMA CALIDAD



INDUSTRIAS RIERA - MARSÁ